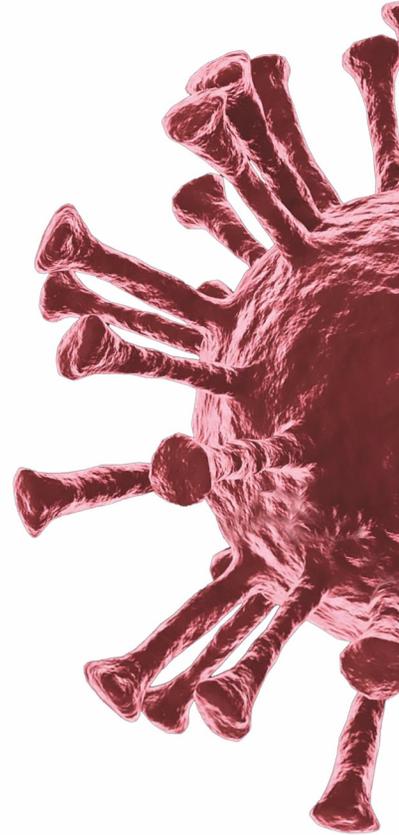


la noria

No. 18/19 SANTIAGO DE CUBA 2020

Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:
Al juzgado,
con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar amatista encantados.

REGINO E. BOTI



nl noria

Revista Literaria semestral no. 18 / 19
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Santiago de Cuba, 2020

José Ramón Sánchez (Edición)
Oscar Cruz (Edición)
Gabriel Cascante (Diseño)
Gustavo Wojciechowski (Logo)

Consejo editorial:
Reina María Rodríguez
Reyna Gretchen Menéndez Rivas
Jamila Medina Ríos
Ángel Pérez

Encuadernación:
Equipo de Ediciones Santiago

Redacción:
Centro de Promoción Literaria “José Soler Puig”
Enramadas # 356 e/ Carnicería y San Félix
Santiago de Cuba
Teléfono: [53] (22) 62 5907
Correos electrónicos:
oscaroilan@gmail.com
marabuzalo3@gmail.com

ISSN: 2077-8422

Erick J. Mota	2
Carlos Gil Calderón	6
Jamila Medina Ríos	9
Louis-René des Forêts/ Jorge Miralles	13
Paula Fernández Hernández	22
Oscar Cruz	33
Robin Myers/ Ezequiel Zaidenweg	37
Víctor Pérez	46
Martha Luisa Hernández Cadenas	50
Kristin Dykstra/ Tina Escaja	69

Erick J. Mota
(La Habana, 1975)

Regreso a casa

Siempre que hacemos un descenso orbital en caída libre puedo sentir el olor del acero cuando se dilata por el calor. Mis superiores dicen que no es posible, que la escafandra bajo la armadura personal está hermética y es imposible oler el acero reforzado de la capa exterior. Aun así puedo olerlo.

La armadura personal es tipo Sleva y tiene un montón de buenas cualidades. Te protege de la metralla y algún que otro disparo directo con calibre inferior a los 10 milímetros. Como es hermética, ni la falta de presión, ni las armas químicas son problema. Su telemetría es simplemente espectacular en el campo de batalla. Hasta ahí las cosas buenas. De las malas solo una me viene a la mente. Una sola, simple, aparentemente poco importante, pero que echa por tierra todas sus buenas cualidades. Pesa como el coño de su madre.

Los cuarteles de la base Svoda no son precisamente un área de descanso. Los cubículos de la infantería son un infierno de oficiales y sargentos obsesionados con la limpieza de cada camarote. Cada soldado del regimiento de desembarco y asalto orbital odia todas y cada una de nuestras bases. No con el odio leve y lejano que nos dicen que debemos tenerle a los enemigos abajo, en la Tierra. Sino con el odio visceral que reservamos para nuestros capitanes, tenientes y sargentos.

Y las consignas.

Esas las odiamos más que a los oficiales. Nos obligan a gritarlas en la formación cada día. Porque aquí dentro formamos por pelotones en la esclusa destinada a la infantería. Nos ponen la bandera, cantamos el himno y gritamos consignas. Alto, siempre alto, lo suficientemente alto como para ganarle al pelotón de al lado, que a su vez quiere opacar al siguiente. Tan alto que el eco resuena en el espacio cerrado de la estación hasta que nos duelen los oídos. Pero a nosotros no nos interesa. Los capitanes miran, los tenientes mandan, los sargentos ladran y nosotros terminamos gritando. Se supone que son gritos de batalla pero en el combate real nadie grita. Al menos, no consignas patrióticas. Por lo menos yo solo he escuchado gritar malas palabras.

Después de eso da lo mismo si nos lanzan en caída libre hacia la Tierra protegidos solo por la armadura. Todos somos soldados y todos queremos sobrevivir. La diferencia fundamental es que nosotros somos los que caemos del cielo. La infantería llega en trasbordadores acompañada de unidades acorazadas después que nosotros hemos acabado con las defensas primarias.

Ahora nos han dado armaduras nuevas. Más eficaces, con mejor blindaje y adaptadas para combate en espacio abierto. La trampa está en que pesan más y la telemetría está en cirílico. Por lo general nadie entiende nada. Y tampoco hace falta entender mucho. Si las letras son rojas hay que rezar o cambiar el cargador, si se mantienen en verde seguimos disparando hasta que se pongan rojas.

Pronto dejaremos la base Svoda. Ha aparecido un conflicto nuevo en la Tierra y tendremos que descender. La pregunta es dónde. Nuestros predecesores del 54^o batallón de asalto y desembarco planetario tenían sus cuarteles en la estación Gagarin. Descendieron en New York y Londres. Estuvieron en tierra cuando los sputnik lanzaron las atómicas sobre Washington D.C. Ahora tenemos instalaciones mayores en la base Svoda. Un pequeño anillo von Braum situado en el punto de equilibrio de Lagrange, L5. Incluso tenemos gravedad gracias a la rotación del anillo. Nuestra división ha caído sobre Viejo Vaticano cuando los bombardeos de cuaresma para pacificar los conflictos entre la milicia evangélica y las fuerzas especiales del Opus Dei. Fuimos condecorados por eso.

Y desde entonces nos mandan primero a las misiones más difíciles.

Ahora llegamos a la estación Romanenko, estacionaria sobre el Caribe. Miro por la claraboya y veo la sombra del transporte extra vehicular Caribdis, flotando sobre el planeta como un pájaro de mal agüero. Miro abajo y veo el azul del mar. No se ven las islas pero veo el azul del Caribe. Es como estar en casa.

Me meto dentro de esta cosa de acero y cierro el peto. Los pernos se cierran, las fisuras quedan herméticas y montones de mensajes en cirílico empiezan a desfilar frente a mis ojos. No entiendo nada de ruso pero supongo que son reportes de estatus de la armadura, datos de soporte vital, conteo de municiones. Mierda pura. Siempre que las letras sean verdes y no rojas, no hay de qué preocuparse. Contrario a lo que todos piensan: si se sobrevive al aterrizaje se llega al final de la batalla.

Nos desprendemos del Caribdis y flotamos en el espacio. La enorme nave nos transportó desde la órbita de Clarke donde está la Romanenko hasta la órbita baja. El aventón ha sido desde los 35 mil kilómetros hasta los 500. Ahora estamos a la misma altitud de los sputnik. La gravedad nos atrae lentamente, hasta que vamos ganando en velocidad. Pronto la atmósfera quema el exterior de la cápsula Almaz creando interferencias. Cuando llegamos a los 100 kilómetros el azul de la atmósfera hiere mis ojos y siento el primer tirón gravitatorio en mi espalda. A los tres kilómetros se abre el paracaídas, a los dos se activan los retrocohetes. Hay letras rusas y números en todo mi campo visual. Me duele la espalda y hemos tocado tierra. Es hora de trabajar.

Hay pocos rusos en el escuadrón por lo que casi nadie entiende lo que dicen las pantallas. El teniente de mi pelotón, que es de origen anglosajón, dice que una vez vio un ruso de verdad. Era general y estaba haciendo una inspección en la Matrioska. Nunca he estado en la super estación pero dudo que sea verdad. Los rusos no se rebajan a tratar con emigrantes que entraron al servicio militar para adquirir la ciudadanía. Lo que se hace por tener pasaporte de los Estados Soviéticos del Cosmos. Con un pasaporte rojo se puede bajar a la Tierra y ser tratado como un rey. Podría bajar a mi ciudad y volver a la pocilga donde nací y mirar a todos con aire de triunfador.

Ya en tierra las bombas Razedki crearon una estática desagradable en nuestras comunicaciones y pusieron al enemigo en silencio radial. Las letras del alfabeto cirílico aparecían formando frases incoherentes a un costado de mi campo de visión. Letras en rojo que mostraban mensajes de alerta de parte de la electrónica de mi equipo de guerra. Mensajes que yo no podía leer. Posibles reportes sobre el exceso de humedad en el ambiente, las interferencias o reportes de telemetría de nuestros trasbordadores Ruslán con la infantería acorazada.

El grupo se dispersó caminando torpemente sobre el asfalto. Las otras compañías también se despegaban entre los edificios a medio destruir. Las balas trazadoras enemigas silbaban entre la lluvia. Frente a nosotros todo lo que veíamos era una ciudad decadente con disparos y humaredas. El enemigo estaba a pocos metros de nosotros.

Cuando rebasamos los edificios recibo un impacto directo de un misil, posiblemente lanzado por un RPG-6. Después una ráfaga de Kalashnikov. Los pies de nuestras Sleva se mojaron y la niebla de la guerra se disipó. Pude ver el lago interior que tapó parte de la ciudad. Los viejos edificios de concreto americano, el capitolio a lo lejos y los castillos coloniales en la boca de la bahía. Estábamos en la Habana. Por fin había llegado a casa y había sido como verdugo de los rusos.

Disparé el arma de riel sobre un tanque T-84 que a su vez lanzó un proyectil de alta penetración contra mi posición. Torpemente lo eludí y abrí un hueco en su armadura. Pronto encontramos más enemigos con capas de camuflaje óptico. Fácilmente detectables con los nuevos sensores. Todos damos gracias a nuestro dios personal, no importa si es Haile Selassie, Shangó o Mao.

Entonces apareció el caminante moscovita. Conocidos como los titanes de Afganistán medían sus buenos tres metros. Más que un acorazado era un vehículo de asalto. No sabía que quedara alguno operacional. Portaba un fusil mini Grad que solo podía levantar con los músculos hidráulicos de sus articulaciones. Me moví más rápido que él hasta colocarme en su punto ciego. Los nuevos misiles antipersonales y las balas de punta percutora funcionaron de maravillas. La pantalla de mi visor se llena de letras rusas en verde.

No sé qué carajo dicen pero todo está bien. Cuando cae el caminante me percató que entre los escombros hay algo enterrado. Es un sistema múltiple de lanzamiento de cohetes. Una versión antigua, posiblemente BM-21A. Igual es una antigualla con 40 tubos lanzadores de cohetes de 122 milímetros. Todos aciertan en mi armadura.

Cuando caigo mi visor queda fijo apuntando al capitolio de la Habana. Recuerdo que me crié en ese barrio. Corriendo de un lado para otro y soñando con largarme de aquí,irme para las estaciones y ser un ruso más. Nunca fui un ruso más. Vivir en el cosmos no te vuelve como ellos. Ahora he vuelto sin el pasaporte rojo. Terminaré enterrado bajo una mole de acero ruso en la Habana. Todos los controles están en rojo y posiblemente mi escafandra Orlán se ha despresurizado. Mis pies están atrapados en una mole de acero, concreto y asfalto revuelto por los cohetes.

Pronto llegarán los locales, abrirán mi coraza y dispararán sus Kalashnikov. Nadie quiere a un ruso falso como rehén. Me quito el casco y miro al cielo azul de la Habana. He visto cosas sorprendentes. Cilindros O'Neil rotando en el espacio, los módulos orbitales Mir que forman la Gran Matrioska que están montando más allá de la órbita cementerio. Pude ver los sputnik que orbitan la Luna y el cable orbital que conecta Villa Aelita con el astropuerto Selene. He caminado por Ciudad México en plena batalla de tanques y he pisado drones auténticos en las ruinas de New York. Todo eso he visto, y sin embargo, no puedo dejar de llorar cuando siento el olor a salitre de la ciudad donde nací. Siento el olor del mar y el aire me golpea el rostro. Aún puedo sentir el olor del acero cuando se dilata.



Carlos Gil Calderón
(Santiago de Cuba, 1992)

El individuo está sentado de manera extraña

ellos me observan
ellos nos observan
a ellos los observan
ellos creen que hablan
que sus palabras son sus palabras

ellos creen mover sus brazos
columpiar sus brazos
retorcer sus brazos

ellos creen utilizar el pie izquierdo
caminar a voluntad
mirar por un ojo propio

ellos creen que una idea puede ser peligrosa
que pensar puede ser peligroso
que la cabeza solo va sobre los hombros
ellos creen pertenecer
creen
que una mano es más fuerte que otra
que una puerta es un camino a otra parte
que un camino es un camino
que una casa es un hogar
que el café es bueno en las mañana
que la palabra poseer
es la palabra correcta
que estar en fila es estar organizado
que estar organizado es ser manipulables
ellos creen que el hambre genera obediencia

ellos nos observan
dividen mi nombre en sílabas
ellos me escuchan
a ellos los escuchan
ellos saben que nací el 24 de diciembre del 92
que como con la boca abierta

ellos saben que pasé el dengue en mi casa
que no me puse la vacuna

ellos nos observan
ellos me observan
a ellos los observan
ellos tienen números
ellos nos ponen números
a ellos les gusta mirar
les enseñan a mirar, pero no a mirarse
ellos tienen ojos, pero nos miran con otros ojos

ellos mantienen distancia
ellos caminan en línea recta
ellos creen
que tu palabra puede ser un arma
ellos creen que tu lengua es un lugar donde pueden meter su mano
mover su mano

ellos te desarman
te reubican
te piensan
ellos creen que el enemigo nos observa.

¿Por qué no con la izquierda?

tengo dos

la izquierda está colgando
la derecha parlotea
ejerce uno que otro movimiento
al ritmo
al tacto
repetidas veces

derecha apunta
derecha puede ser destructora
ágil
mecánica
mientras izquierda
solo observa
apoya
es torpe su cabeza
sujeta pero no divide
carece de ritmo
al tacto

vivo entre dos partes
dos puertas
dos muros fronterizos
de diestra a siniestra
estoy en el medio
de partes iguales
y me pregunto
¿por qué no con la izquierda?

Jamila Medina Ríos

(Holguín, 1981)

Azul y yodo el corazón* –penúltimas noticias–

Escena 1 (*Roadmovie*. Cave. Silenciador)

Casimbas. Claraboyas. Goteo –fraseo–
¿Te acuerdas del árbol que estaba en la azotea?
 Mancaperro. Chipoyo. Guano de murciélago
Ahora no recuerdo si las hojas eran verdes.
 Entrando por la galería –el claro–
Creo que sí, pero no estoy segura.
 y en el ojo de agua/ por el ojo de cielo
Ha pasado [tanto] tiempo.
 los sin ojos –cráneos de vacas tibias húmeros–
Entonces éramos solo tú y yo.
 En un desperfecto del desequilibrio
 rozadura del bejuco –rash–
¿[Re]cuerdas?
 Yodo para el dolor
 templo para la muerte
 –heridas sepultadas a la sombra–

Escena 2 (*Dolly*. Bicicleta. Vuelo)

Amarillo el cartel
 amarilla la cura de caballo
 –¿un mapa? ¿un halo?–
 en el pespunte del muslo
 las estrías de un rastro

En este lugar

Entra y se queda
 como el que viene de lejos
 el tañir del yodo –su campana–

no hay

anticipando el cruce de los rieles
 el resbalón en las piedras de la Ciudad Deportiva
 violenta densa
 su mancha en la cobija de las palmas

nada

Dicen que viene bajando
 una tormenta de arena del Sahara
 –anudados en circunvoluciones
 pájaros van y vienen
 se confunden–

para ti.

Dejan solo
 rojo
 minúsculo
 –enquistada en la arena
 su silueta rotunda–
 el fruto

No puedo,

Sigilosa la lluvia de la tarde
 repinta la pared verde botella
 –un verde como el del hematoma
 cuando rompe a sanar–

no

en la distancia me veo
 y me deseo:
 acorralada aciclonada amotinada
 Una caída por el derriscadero
 me entrará en salud

quiero

Hay un techo escarpado
 un cielorraso bajo
 ¿una mano de Dios?
 (h)ay
 un espinazo de formaciones cársicas
 goteando
 la ahogadura que estoy por escupir

seguir

Todo es subir cuando sabes
 que el limbo no es solo aquí
 y apenas ayer rompiste monte

así...

que escalerillas hubo
 infierno-abajo/paraíso-arriba

Ya

Sola llegaste
 y muy probablemente
 acompañada buscarás salida

tienes

Agua adensada es nube
 claraboya o tragaluz son –desde el fondo–
 lo que boquete en-tierra
 cuando enfocas el horror desde otra parte
 No hacen falta maniobras coheteriles
 por volver a ser tú
 un giro al caminar
 –un rumbear en el vuelo
 una des/escalada–

a los

Halo amarillo la pista
 halo el parqueo
 luna rebrillando en la yerba la herradura
 Por un cambio de luces de semáforo
 por sus guiños
 reconocerás la Providencia
 (rojo-sangre/ noche-violeta/
 verde-amarillo pálido ya al alba)

demás.

Sacando el tren de aterrizaje
sueñas la bici y el fango de las suelas.
Un carrito metálico te espera
–¿otra jaula quizás?
su hilerita de dientes sonreídos–
Alegría en todo caso
la alegría una alegría...
demasiado cercana a la felicidad

LaVana, 17 al 22 de junio de 2020

*De los versos en cursivas: parlamentos anotados en la última locación de *Corazón azul*.



Lynn Cruz como Elena. Plano no utilizado del filme *Corazón azul* (dir. Miguel Coyula). *In progress*.

Louis-René des Forêts

(París, 1916- 2000)

Traducción: Jorge Miralles
(La Habana, 1967)

Desgracia en Lido¹

Para Octave²

Con profundo sentimiento de bienestar, instalado en un sillón de piel de cerdo, contempla el espacioso *hall* del palacio veneciano con artesonados de estuco verde pálido que datan del último siglo, sobre los que juegan los reflejos de la laguna donde, a través de grandes ventanales, solo se puede ver el lugar en que se encuentra una fina moldura rectilínea, y aún es necesario un cuidado sostenido para alcanzar a distinguirla del cielo. De hecho, solo tiene ojos para el vaivén ininterrumpido de los huéspedes —señoras en trajes ligeros de baño, señores en trajes de alpaca de corte un poco anticuado— al que se añade sobre un ritmo mucho más acelerado este de una media docena de *grooms* que, para asegurar mejor su servicio, corren en todos los sentidos con semblante atareado como si no supieran, literalmente, donde poner la cabeza.

Toda esta agitación contrasta con su propia actitud de indiferencia que acentúa con placer, la cabeza echada hacia atrás contra el espaldar suave, un codo apoyado en el brazo del sillón, la mejilla puesta sobre la mano doblada, sin conseguir no obstante, con miras a añadir a eso un toque de elegante farniente, disimular su interés por el ballet que se representaba delante de él. Así es como no pudo dejar de seguir con una mirada divertida las gesticulaciones del portero doblemente ocupado en satisfacer las exigencias de la rica clientela y regentar el pequeño mundo de los *grooms* que gravitan en torno de él como tantos agentes de enlace, sea que los llame con un chasquido de dedos, o que, saliendo a medio cuerpo de su *box*, agarre a uno de entre ellos al paso para administrarle, en forma de advertencia, un pequeño golpe sobre la cabeza con su gorra ribeteada.

De momento le veo dar intrusiones a un mozo con los cabellos engominados que retiene por la solapa de su túnica, la otra mano tensa hacia una de las esquinas de la sala, precisamente aquella desde donde, arrellanado en su sillón, observa la escena. El *groom* se abalanza enseguida para ejecutar su orden y se desliza entre el gentío en el que lo pierde un instante de vista, pero a menudo vuelve a aparecer a unos pasos delante de él, todo rojo y jadeante, luego con una rápida reverencia, parándose en firme, el mentón levantado, las manos sobre la costura de su pantalón

tan estrechamente ceñido que le moldea las piernas y las deja ver muy delgadas, se pone a decir con voz ronca una serie de frases ininteligibles, pronunciadas sin duda en algún patois o dialecto provinciano. “¡No capisco! ¡No capisco!”, pero el *groom* que no hace caso de eso, se obstina en repetir su mensaje en un tono un poco por encima y destacando cada sílaba, como si tuviese que ver con un viejo sordo. “Pero, ¿qué es lo que tú me cantas ahí? ¿No comprendo nada? ¡Mejor ve a buscarme a tu patrón!”, le dijo él esta vez en francés, y acompaña su orden con un gesto impaciente de la mano.

Imposibilitado, el mozo lo mira con los ojos muy abiertos, luego que comprende sin duda que acaba de dirigirse a un extranjero, se calla, como inseguro sobre lo que conviene hacer en semejante caso; en fin, después de haber inclinado la cabeza en signo de aquiescencia, gira los talones para correr de nuevo a través del *hall* aglomerado donde llega, no sin dificultad, a abrirse paso hasta la mesa del portero. Este, pluma en mano, ocupado en cotejar un voluminoso registro, inclina el rostro a un lado, la otra mano en forma de corneta en su oreja para escuchar al muchacho erguido sobre la punta de sus zapatos que le da cuenta de su misión, pero visiblemente no percibe nada de lo que escucha, porque le lanza una mirada de desaprobación y, de repente, agarrándolo por el brazo, le baja el gorro sobre la nariz, después de lo cual, sale del *box* sin soltar su brazo, lo hace pivotear y le suelta un rodillazo por debajo de los riñones.

La escena se ha desarrollado tan rápidamente que, a esa hora de afluencia, no parece haber sido vista por nadie, salvo por él mismo que, sofocado por la indignación, refunfuña en su sillón: “¡No, pero he aquí a una bestia!” ¡Y esto en un establecimiento de renombre internacional, y en Venecia para colmo! Sin embargo, experimenta la sensación desagradable de haber sido muy poca cosa para provocar algo en el trato infligido al joven *groom* que se ha marchado sin decir nada. Demasiado tarde para intervenir, piensa con un vago alivio descansando sus piernas. Bueno, este hombre se ha enfadado un poco, es muy natural, agotado como está. Un movimiento de humor en realidad enojoso, ¡pero de ahí a hacer de eso una historia!

La verdad es que no tiene muchas ganas de dejar su sillón para ir a quejarse al gerente por las artimañas del portero, y mucho menos de responsabilizarlo directamente a él, cuyo aire de autoridad y maneras tiránicas, aun cuando las desapruebe, le infunden respeto a pesar de todo, hasta el punto mismo de fascinarlo, porque sigue devorándolo con la mirada como si, en medio de esta elegante sociedad, solos sus hechos y gestos fuesen dignos de atención.

De esta manera el portero acaba justo de cerrar su registro al que le da un golpe de satisfacción con la palma de la mano para colocarlo entonces cuidadosamente en un entrepaño, luego levantándose de la mesa de recepción cuya puerta deja batir detrás de él, atraviesa el *hall* con un paso resuelto agitando su manojito de llaves que hace sonar con la punta de sus dedos como una campanilla para que cada uno se aleje a su paso, lo que consigue fácilmente por el hecho de que se distingue por una

talla y una corpulencia poco comunes, sin contar su suntuoso uniforme burdeos con brandeburgos dorados que contribuye en gran medida a darle la estatura de un coloso, reduciendo mediante un efecto inverso a las personas que le rodean a dimensiones de enanos.

Lo ve sin sorpresa dirigirse por su lado, seguido de cerca por dos robustos mozos de aspecto campesino en librea de *groom* que trae consigo. Y aquí está ahora plantado frente a él, las piernas un poco abiertas, los dos brazos en jarras, mirándolo de arriba abajo con una expresión enfurecida como se mira a un intruso cuyo sitio debería estar en otra parte, y tal es el buen sentido de las palabras que hundido en su sillón, mudo de estupor, escucha que se dirigen en un francés tan correcto como un ejemplo de gramática, apenas marcado por un ligero acento germano: “¡Entonces, el Señor, no quiere oír lo que se le dice! ¡El Señor se cree que todo está permitido! Perfecto. ¡Entonces, tendremos que usar otro lenguaje para ser entendidos por el Señor!”.

Sobre este preámbulo, por lo menos sorprendente, el portero hace una pausa breve, pero cargada de amenazas, sacudiéndole bajo la nariz el manojito de llaves como para forzarlo a callarse, aunque todavía no le haya dicho una palabra, dice entonces lo más hermoso: “¡Ya es tiempo de que te quite el ojo de encima, mi querubín! ¿Es qué te figuras que por casualidad te vamos a dejar descansar ahí cómodamente en este sillón reservado a la clientela?”. Estupefacto al oírse tutear, él un respetable cuarentón y encima por un doméstico, debe forzarse para no saltar de su asiento y abofetear al impertinente personaje, pero juzgando más digno conservar su sangre fría, sabiendo además por experiencia que es importante evitar cualquier escándalo en país extranjero, por muy fuerte que pudiera ser su derecho, se limita a hacerle notar tranquilamente que no es el tono que conviene para dirigirse a un cliente, “porque en fin, agrega con la misma voz apacible, soy aunque parezca imposible huésped de su establecimiento y si usted lo duda, tenga la bondad de tomarse la molestia de ir a consultar su registro, tendrá la oportunidad de aprender mis nombres y condiciones que había registrado usted mismo allí tan solo ayer por la noche y ique parece ya haber olvidado!” Esta declaración, lejos de impresionar al portero, hace que se ría a carcajadas ruidosamente, entonces apartando la vista para tomar al público por testigo, en particular los dos *grooms* que esperan con impaciencia el momento en que su intervención se haga necesaria: “¡Ustedes han escuchado eso! ¡Un huésped él! ¡Lindo huésped en verdad! ¡Un pequeño andrajoso, sí, eso es lo que eres!” vocifera dirigiendo nuevamente hacia él sus ojos glaucos muy contraídos por la ira. “¡Y quién me hará el favor de que se largue, si no... si no espere un poco!”.

La lengua ruda del portero, su tuteo insólito, su manera de menospreciar a un extranjero, que es tan poco en las costumbres del país, le había ya parecido inconcebible, pero esta vez hay que verlo para creerlo. Él siempre tan cuidadoso de su porte, atento al vestirse con los trajes más refinados, cortados a la medida por el mejor fabricante, oírse así tratado de andrajoso por este polichinela en librea, es más de lo que su vanidad puede

soportar! Sin embargo, como inclina instintivamente la cabeza para verificar con un vistazo el estado de su ropa, se ve obligado a constatar que su vestimenta deja en efecto que desear, pero mucho peor y más sorprendente aún, es que esté vestido con ropas absolutamente inhabituales que no son las suyas ni las de un hombre de su edad y su condición. En lugar de la chaqueta de gabardina gris clara que se había puesto esta mañana temprano para dirigirse a la playa, se ve vestido ridículamente con una blusa de algodón a rayas en azul y blanco, que un ribete de seda rojo sobre el pecho y en torno al cuello separa de un cuello de camisa blanco muy recto —he ahí que le recuerda algo, ¿pero qué exactamente?—, prolongado por un pantalón corto de tela blanca que, en su posición extendida en la que se mantiene, le descubre las piernas hasta por encima de las rodillas, sus pies están calzados con simples sandalias de cuero calado tal y como se le obligaba a llevar el verano en su infancia. ¿Su infancia? Precisamente lo más extraño es que esta metamorfosis de la vestimenta, como llevada a cabo sin su consentimiento por algún genio invisible y malicioso, va acompañada de una turbación más profunda que explica, sin justificarla, la odiosa familiaridad del portero, e incluso, hasta cierto punto, su exasperación al verlo arrellanarse en un sillón del hotel, tanto más cuanto que esos nuevos efectos, que son de un niño y sostenidos por un niño, denuncian una negligencia culpable: ajados, raídos, lleno de manchas, desgarrado por las costuras, se diría que no se los ha quitado desde hace meses, que ni siquiera han sido lavados ni retomados por una mano materna; en resumen, que es simplemente un “pequeño andrajoso” como uno los ve aquí deambular en los callejones hasta colgarse a los faldones de los turistas, la cara suplicando, una mano tendida para arrebatarles algunas liras.

De repente, la irrupción en él de la consciencia de su inferioridad como consecuencia de este brusco cambio de edad y estatus, hace que vea la situación desde otra perspectiva, y mientras que el portero, que no ha cedido todavía, le blande su manajo delante de la nariz, muy lejos de pensar en protestar o hacerle frente, se hace un ovillo vergonzosamente, el rostro se voltea hacia el espaldar del sillón, las rodillas contra el pecho, cubriendo con sus manos sus desnudas piernas, a decir verdad menos para defenderse de los golpes que para disimular el estado lamentable de sus vestimentas y sustraerse por completo a las miradas de los huéspedes y de la gente del personal que, atraídos ya desde hace algún tiempo por su altercado con el portero, se encuentran agrupados en una esquina de la sala, los grooms en primera línea entre los cuales pudo reconocer a aquél al que su jefe había maltratado hace un rato y que, en justa compensación, el espectáculo de su propia miseria parece regocijar en sumo grado.

Pero su curiosidad siempre despierta prevaleciendo sobre el miedo, no puede abstenerse de echar un vistazo por encima de su hombro. Todas las personas del público, sin hablar del portero que es un verdadero gigante, le parecieron más grandes que al natural, a excepción de uno solo, un pequeño hombre calvo en redingote a la francesa, con la nariz puntiaguda ceñida a unos quevedos, vino apresuradamente a cuchichear algunas palabras al oído del portero que debe inclinarse muy bajo para escucharle y se yergue inmediatamente mirándolo con estupefacción: “¿Cómo es eso, nada de escándalo?”

Pero Señor Gerente, ¿quién viene aquí a armar lío si no ese pájaro que hemos visto quedarse toda la mañana a ensuciar las alfombras y el mobiliario, un muchacho mugriento salido de no se sabe dónde, y que no solo se rehúsa sino que se hace el arrogante cuando se le ordena salir? Dígame, Señor Gerente, ¿acaso podemos tolerar esto más tiempo en un establecimiento honorable como el nuestro, tan bien cuidado, frecuentado por la sociedad? Y yo, como si ya no tuviese suficientes problemas, agrega lastimosamente enjugándose la frente con un pañuelo. Tengo que tener los ojos en todas partes, reprender a esta banda de tunantes siempre dispuestos a holgazanear, clasificar el correo, tener el libro de registro actualizado, asegurar el servicio a los huéspedes y así, ¡sin interrupción de la mañana a la noche! Y ahora, ¿a causa de un bribón de esta calaña me reprocha que sobrepaso los deberes de mi cargo? Pues bien, es además mi deber mantener el orden, y lo haré, mal que le pese Señor Gerente, ¡lo haré si es preciso por la fuerza!”.

Es evidente que el carácter colérico del portero inspira al gerente un verdadero pavor, porque se echa rápidamente atrás, con las dos manos levantadas a la altura de su rostro lívido, para llegar a regañadientes al centro de la concurrencia donde, debido a su pequeña estatura, desaparece tan rápido como había salido de ella.

Entonces, poniendo sus gestos de acuerdo con sus palabras, el portero de un chasquido de dedos notifica a los dos *grooms* de su escolta que ha llegado el momento de ejecutar su trabajo. “Y tú, dice él dándose vuelta, vas a salir de ahí de inmediato, si no ¡te prometo que te pesará!”. Pero sin darle tiempo, los dos *grooms* se arrojan sobre él y todo sucede tan rápido que ni siquiera piensa en forcejear entre las manos que lo arrancan del sillón, lo alzan y lo depositan como un bulto a los pies del portero donde, echado boca abajo, retenido por la fuerza, la nariz contra el suelo, siente una lluvia de golpes abatirse sobre su espalda.

“¡Basta por esta vez! Y ahora, ¡largo de aquí, fuera!” , ordena el portero que lo zarandea con la punta de su zapato, luego agarrándolo por la parte de atrás de su calzoncillo para volverlo a poner de pie: “¡Considerate feliz de salirte con la tuya! Pero te aconsejo de no poner más los pies aquí, o bien llamaremos a la policía, y ¡se te encerrará en el reformatorio como pequeño granuja que eres!” Y como el portero, que parecía muy emocionado por esta idea, le pasa la mano entre los cabellos, luego sobre la nuca donde la deja un instante demorarse, ese gesto casi afectuoso, mucho más que las ofensas y la paliza que acaba de sufrir, hace que salga a flote en él todas las humillaciones de la infancia, salvo por el hecho de que hoy, con su experiencia de adulto, sabe cómo proceder en semejante caso, una especie de orgullo pueril le impide implorar la ayuda de los otros que por lo demás han asistido allí como espectadores pasivos a esta escena de humillación sin suscitar la menor protesta y ahora se abren paso a codazos para mejorar su puesto de observación, ávidos solamente de ver cómo van a salir las cosas.

Resuelto a librarse del apuro completamente solo, esboza una rápida pirueta y da media vuelta, un pie por delante, las manos sobre sus riñones ligeramente arqueadas, en una posición de insolente desafío. Y es entonces cuando, conforme a su plan, suelta una inmensa carcajada de risa —aunque un poco forzada por lo que parece— tiene por primer efecto obligar al portero a soltar la presa y después a retroceder unos pasos, muy desconcertado por esta brusca explosión de hilaridad; lo segundo, que no había previsto al desencadenar el furor de los grooms, es que ellos, viendo a su jefe en dificultad, corren en su auxilio. Y ambos se lanzan sobre él de un solo impulso, uno para amordazarlo con sus manos hasta asfixiarlo, el otro para inmovilizarlo echándole los brazos hacia atrás de la espalda y obligándole, por medio de una torsión tan dolorosa que las lágrimas le saltan de los ojos, a plegar las rodillas delante del portero que gira la cabeza como si viera una bestia repugnante: “¡Vamos, vamos! ¡Sáquenlo de aquí!”, vocifera con grandes gestos. Entonces de un violento empujón le hacen girar hacia atrás, y estos rudos que visiblemente se complacen en mostrar al público de lo que son capaces le mantienen acostado de bruces sobre el suelo, sus dos rostros gesticulantes, tensos por el esfuerzo contra el suyo. “¡Déjenme ir, por favor!”, gime buscando con todas sus fuerzas liberarse. Pero en un abrir y cerrar de ojos, con la misma facilidad que antes, lo agarran, uno por las muñecas, el otro por los tobillos para levantarlo muy alto en el aire donde se divierten balanceándole e imprimiéndole a los movimientos de sus brazos un ritmo cada vez más rápido como si estuviesen a punto de lanzarlo por la ventana.

Sin embargo, estos ejercicios de acrobacia apenas son apreciados por el portero impaciente por liquidar este asunto: “¡Presto! ¡Presto!”, silba entre dientes mientras llama la atención con sus manos, y esta vez los grooms se apresuran hacia la puerta de salida, al menos tanto como se lo permite este bulto inoportuno que les obliga a guardar la distancia e incluso la apariencia, así como a describir un gran arco de círculo a fin de evitar la multitud de huéspedes que crece sin cesar a los cuales se han añadido entretanto algunas personas de afuera que atraídos por el alboroto, se han aprovechado de la relajación de la vigilancia para inmiscuirse dentro del *hall*, más preocupados en realidad por contemplar, la nariz levantada, los hermosos dorados del techo o pasar sus dedos sobre los muebles suntuosos, que captar el motivo de toda esta agitación. Llevado así a través de la sala por los dos grooms, de los cuales el más viejo, por medida de precaución, le mantiene sujetas las piernas bajo su brazo agarrándole una pantorrilla con su mano vuelta al revés, experimenta una especie de beatitud, la sensación embriagadora de volar literalmente por encima del mundo, de estar como liberado de su propia pesantez, movido por una fuerza irresistible que nunca quisiera ver terminar. Y mientras en un movimiento de delicioso abandono deja colgar su cabeza casi hasta el suelo, ve, pero bajo una forma invertida, la silueta fornida del portero que les ha seguido el paso y cuya gruesa mano tendida por delante agita con frenesí el manojito de llaves que hace chasquear como acompañamiento a su manera de andar. A pesar de ello se le ve disminuir el ritmo por el gentío particularmente denso en las inmediaciones de la puerta principal que, aunque

abierta a dos batientes, está obstruida por un flujo continuo de gente que se empuja con fuerza e insulta al tratar de penetrar en el hotel o salir de él. Los dos porteros, por más que han gritado: “¡Prego! ¡Prego!” a fin de liberar el paso, sus abjuraciones se pierden en el jaleo general. La aglomeración es tal que muy pronto se ven obligados a detenerse y, esta pausa amenaza con prologarse, ellos piafan de impaciencia, mientras que por su parte él siente una cierta fatiga al permanecer de esta manera en suspenso, los miembros adoloridos por la tensión de los músculos, las dos muñecas juntas en las manos del groom que se las tritura despiadadamente como en una trampa de hierro. Es entonces cuando un joven afable, viéndole así transportado y creyéndole enfermo, tal vez desvanecido porque ha cerrado un instante los párpados, ofrece sus buenos servicios y, antes de recibir incluso una respuesta, toma con autoridad la delantera del cortejo separando los brazos, pero sin conseguir remover mucho esta masa compacta de gente que camina lentamente sobre el lugar, la cara inquieta y desanimada como si hubiesen perdido definitivamente la esperanza de ir a cualquier lugar.

Y he aquí ahora que una señora con una sonrisa angelical se inclina por encima de él para examinarlo con conmovida curiosidad uniendo las manos, y luego, como se vuelve hacia su vecino, le oye exclamar con una voz melodiosa: “*¡Che bel raggazzino!*” Este, un señor entrecano, vestido de *knickerbockers* y tocado con una gorra de *tweed*, sin duda su marido, no parece de ninguna manera compartir esta opinión, ya que al mirar a su vez, se yergue enseguida con una especie de repugnancia marcada sobre su labio inferior recogido. Y es cierto que no debe presentar un espectáculo muy agradable con sus cabellos desordenados que le caen sobre la nariz, ese traje completamente arrugado que los ejercicios al aire y las sacudidas del traslado han subido hasta sus hombros, de tal modo que tiene el torso e incluso una parte del vientre completamente descubiertos, ¡para no hablar de su rostro, sin duda, tan mugriento como todo lo demás! Pero finalmente el cumplido de la señora da fe de que es un muchacho guapo a falta de ser el hombre hermoso que él hubiera preferido escucharle decir.

Lo cierto es que de esta apreciación halagadora no saca ningún placer de vanidad, que la siente incluso curiosamente como una ofensa, mientras que en realidad la repulsión anunciada por su compañero le parece legítima y se lo atribuye todo un poco avergonzado a su atuendo desaliñado, lo suficiente, sin embargo, para pedir tímidamente a uno de los *grooms* que consintiera en tirar de su blusa, el cual, presintiendo una astucia, replica con burla: “¡Qué bien y así sacarás provecho para criticar! ¡Mantente tranquilo, maldito granuja, y cierra tu pico!” entonces refunfuñando añade en beneficio de su camarada: “¡Uno se ahoga en este cuchitril! ¿Cómo hacer para salir de aquí con toda esta gente?” —“Y bien, ¡vas a ver!” le responde este que toma enseguida la dirección de las operaciones y se lanza intrépidamente a través del gentío, la frente tendida hacia delante como un toro en la arena, sin inquietarse por los gritos de protesta ni los golpes de bastones que se le asestan sobre el cráneo, arrastrando a continuación su séquito y, más lejos, detrás el portero que aprieta el paso contoneando las caderas para aprovechar el corredor vacío y reservado por su intrusión antes de que se colme de nuevo.

Así es como en un santiamén llegan a la puerta de salida que se creía que era inaccesible, y el *groom* delantero, haciendo entonces una hábil conversión hacia la derecha donde el gentío es un poco más escaso, consigue sin dificultad forzar la barrera. A riesgo de romperse el cuello bajan de cuatro en cuatro los escalones de la amplia terraza, flanqueada por diversas alturas de leones esculpidos en mármol blanco, que se abre ampliándose sobre la playa o más exactamente sobre el camino de tablas detrás de las cabinas que hay que seguir hasta una pequeña escalera de madera para acceder a esta parte de la playa reservada solo a los huéspedes del hotel.

Del mismo modo que antes, se siente como proyectado lejos por encima de todo. La cabeza echada hacia atrás, abandonándose sin fuerza al movimiento vertiginoso que lo lleva, ríe de placer, y su risa se repite al sentir su blusa levantada por el viento marino que se pliega como un banderín y le abofetea el rostro.

Ahora que han llegado a la playa casi desierta a esta hora, los dos *grooms* pueden con toda libertad correr directamente hacia el mar, ¿pero con qué fin?, se pregunta él lleno de ansiedad. Sin embargo, a unos pocos pasos de la orilla, se paran en seco, y luego, de consultarse con la mirada, lo depositan allí con una delicadeza sorprendente; después de lo cual, aligerados de su carga, se estiran, se frotan los brazos y los muslos haciendo chasquear sus suelas en la arena húmeda con un estilo muy jovial como si se felicitasen por haber sabido dirigir el asunto tan rápidamente y sin destrozo. Cosa más imprevista aún, le dirigen un signo amistoso con la mano y le dan la espalda para retomar tranquilamente el camino del hotel.

Muy sorprendente es la desilusión que experimenta al verse abandonado por esos rudos que lo habían con todo maltratado y vilipendiado por menos que nada, pero desilusión no dice mucho, una pena, una aflicción llena de resentimiento semejante o casi la que había conocido a la edad de ocho años luego que su madre le hubiese dejado solo con su pequeño bolso de viaje delante de la puerta del colegio en el que debía por primera vez entrar como internado. Hoy todavía le parece no haber sido más que un juguete con el que uno se divierte un rato, que se rompe y luego se tira con hastío.

Ovillado sobre sí mismo, el rostro oculto entre sus manos, se pone a llorar concienzudamente, pero después de haber enseguida enjugado sus lágrimas por el revés de su manga, se yergue a medias para sentarse con las piernas cruzadas al borde del agua donde permanece algunos instantes inmóvil, apoyado sobre un codo, el rostro vuelto hacia el amplio mar, torciendo entre sus dedos el ribete de seda rojo que, descocido y todo desflecado, cuelga lamentablemente a lo largo de su blusa, aunque haya intentado varias veces sin éxito colocarlo en su lugar. Luego, con una lentitud cuidadosa, se quita sus sandalias cuyo cuero endurecido le hiere los tobillos, después de lo cual se levanta de un salto y se va andando hacia atrás, un poco más

lejos, trazando con la punta de su pie desnudo figuras en la arena mojada, como si no tuviese nada mejor que hacer. Sin embargo, deseoso de asegurarse que se le ha excluido definitivamente, echa una mirada para atrás por encima de su hombro para constatar con decepción que los dos *grooms* suben por la playa, uno al lado del otro, sin apresurarse, los brazos les cuelgan, a corta distancia ahora de la terraza de la que están a punto de subir los escalones en lo alto de los cuales la silueta del portero de pie contra la balaustrada ornada con leones se perfila como una estatua majestuosa sobre la fachada del hotel resplandeciente de blancura.

El resto es solo confusión. Recuerda estar acostado boca arriba en el borde extremo de la orilla, las manos juntas detrás de la nuca y, parpadeando bajo la claridad lechosa del cielo, haber sentido las olas pequeñas acariciarle los pies, envolverle las piernas, deslizarse dulcemente a lo largo de su espalda baja; recuerda haber creído escuchar la voz lejana de una mujer llamarlo por su nombre —¿pero quién podría conocerlo aquí?— y poco después el tintineo de una campana no menos lejana, entonces una vez o dos el bramido familiar de un vaporetto que va y viene entre la ciudad lacustre y la estación balnearia. Tal vez a continuación se habrá quedado adormecido con el sol que se ha vuelto de repente tan agobiante que los últimos bañistas han desertado de la playa. Que haya permanecido allí hasta tarde le parece probable, pero el hecho es que no ha conservado de ello ningún recuerdo.

No recuerda con nitidez más que esto: con un movimiento colérico de todo el busto, se vuelve boca abajo, la boca pegada contra la arena, como muerto.

Es con esta última visión de sí mismo que se despierta, la nariz en su almohada, medio asfixiado, una pierna que cuelga fuera de la cama con las mantas tiradas desenrollándose y arrastrándose en espesas volutas hasta el suelo —tal y como más o menos el pintor Courbet hizo representar sobre un cuadro con realismo brutal a un hombre sorprendido en su sueño, salvajemente apuñaleado³...

Notas

¹ La historia del relato es una clara referencia a una de las islas que está situada en Venecia, Italia y, en particular, a su famoso balneario. La novela de Thomas Mann: *Muerte en Venecia* (1912) transcurre en este escenario y, al igual que este relato: *Le Malheur au Lido* [*Desgracia en Lido*] (1987) en uno de sus hoteles. [N. del t.]

² Nombre de uno de los personajes de la trilogía: *Les lois de l'hospitalité* [*Las leyes de la hospitalidad*] (1965) de Pierre Klossowski. [N. del t.]

³ Fragmento del relato: *Le Malheur au Lido* [*Desgracia en Lido*] (Ed., Fata Morgana, 1987) del autor Louis-René des Forêts.

Paula Fernández Hernández

(Los Realejos, 1987)

El malpaís de la escritura: Legna Rodríguez Iglesias, Jamila Medina Ríos y Gelsys María García Lorenzo

La escritura es un espacio intermedio, malpaís.
“La lectora”, GELSYS MARÍA GARCÍA LORENZO

Hay muchos malpaíses en mi tierra, las islas Canarias. También en México y en el lado norte de Río Grande. Malpaíses canarios en una tierra tildada de paradisíaca, en cuyo bautizo colonial ni siquiera hubo un esfuerzo por denominar, acudiendo a una morfología básica de unir dos palabras simples: mal + país. El Malpaís de Güímar o el Malpaís de La Rasca son de los pocos que encuentran un nombre propio —o al menos que yo conozca— pues la mayoría no cuentan con denominaciones precisas y conocidas. Malpaís como geografía ignota, que no termina de ser porque no sirve, en pro de los sentidos de explotación y productividad de la tierra y de sus recursos. *País malo*.

Como reza la cita que inicia esta proclama, la poeta camagüeyana afincada en Madrid, Gelsys María García Lorenzo (1988) apela a *la escritura como espacio intermedio*, como *malpaís*. El acto de la poeta no sirve *ex officio*. Es engendrado, con todos sus líquidos, erupciones y violencias, para luego colocarse en un limbo hasta que algo o alguien —lectores u otro tipo de jueces, incluida la autora— determine si lo escrito es *bueno* o si es *malo*. Si es útil o no. Si es válido o baldío. Si merece un nombre.

El malpaís es un paisaje árido que aguarda algo de primigenio por cuanto en su desolación se intuyen las dificultades de su formación. Tanto arrebató de lava, tanta furia de piedra encendida para terminar constituyendo un biotopo denostado: una geografía interlúdica entre lo que es y lo que se acepta al interior de una lógica de utilidad y explotación. La ardua aprobación de lo estéril en una cultura occidental obsesionada por la producción sin fin. Muchas tradiciones literarias femeninas, de identidades disidentes y subalternas conocen de este fenómeno. Así, en este malpaís de la escritura, los cuerpos femeninos se representan, implorando por escribir su materialidad, contrariando una tradición de omisión del cuerpo de la mujer de las escenas políticas, públicas y canónicas.¹ Por tanto, este lugar de escritura intermedio o malpaís, femenino y posicionado, se encuentra maldito desde su origen.

Ahora bien, ¿quién o qué esgrime un juicio de valor sobre un país o una escritura? La alusión al origen justifica que traiga a colación, con ello, el paralelismo romántico entre lugar, palabra y nación. Javier L. Mora y Ángel Pérez indican a propósito de la denominada «Generación Años Cero» cubana que “El lenguaje ya no se debe a militancia alguna”,² es decir, que se desdibuja la cohesión, antes férrea, entre ideología y relato. De manera que matizaría esta afirmación aludiendo a que ni militancia ni lenguaje constituyen categorías unívocas, sino que ambas se permiten discurrir, desparramarse, fracturar su propio espejo y escoger, de entre los fragmentos resultantes, algunos que recodificar. Así, no pretendo que el malpaís como metáfora crítico-literaria aluda a una etapa más del *locus decadentis* al que se refiere Gilberto Padilla en su repaso del retrato cubano que emprende la narrativa de la «Generación Años Cero».³ Mi intención es reorientar el *factor* del lugar y observar los otros sentidos de «país» atendiendo a los matices que el relato nacional tiene que ver con la palabra, y estas en relación con los sujetos líricos femeninos. Así, a continuación meditaré sobre la polisemia del *malpaís* en relación con la escritura como lugar a través de la obra poética de tres escritoras cubanas. Las tres contemporáneas, agrupadas por algunos en la «Generación Años Cero», con historias vitales, estéticas y posicionamientos políticos diversos: Legna Rodríguez Iglesias (Camagüey, 1984), Gelsys María García Lorenzo y Jamila Medina Ríos (Holguín, 1981).

El malpaís de Legna

El malpaís de Legna se traza a partir de la irreverencia. Se trata de un paisaje de humor áspero e incisivo, en el que terreno y lenguaje resultan de una aridez fértil. El hábitat del oxímoron (árido + fértil, mal + país) resulta en una propuesta extremadamente válida y valiosa, que reconcome y fecunda al mismo tiempo. Tomando como ejemplo su poemario *Chicle (ahora es cuando)*, Quesada Gómez subraya cómo la ironía a través del motivo del chicle se convierte en una herramienta mordaz en la obra de Rodríguez Iglesias para proceder a la *despoetización* de ciertos *topos* ya que, poesía y chicle entran en contacto con la lengua.⁴ A su vez, el chicle actúa como diferenciador frente a otras generaciones y grupos literarios.⁵ De hecho, en el poemario se recogen múltiples referencias a una fractura generacional o al cuestionamiento del sentido mismo de «generación». Así, la parte *chiclosa* o maligna del malpaís de Legna procede de la manumisión o del no obligarse a concordar con lo *bueno* del país como condición *sine qua non* de existencia. Esto es, la opción materializada de que también se puede habitar aún en lo que algunos tildan de tierra baldía. En aquel lugar que es *malo* como única opción posible cuando se es excluido de lo *bueno* al interior de un desatinado maniqueísmo.

Así, la materia del chicle se conecta con la materia del cuerpo: *No puedo pensar que quiero acurrucarme / porque eso me recuerda la hora de mi muerte / como los sabrosos chicles Trident / acurrucados en su verde estuche.*⁶ Y las conexiones intermateriales aumentan y tocan también la poesía: *la poesía no me parece aceptable / los rincones de interpretar / aquella farsa / aquella falda / ridículísima / donde el tendido eléctrico y yo / nos identificamos.*⁷ Esta materialidad no enjuicia, de manera que incluye lo frustrado y desechado por los tribunales de ontologías escrupulosas. Es el caso de la figura del “aborto del chicle”⁸ que aparece en uno de los poemas. Si ya el chicle constituía una impía materia poética, Rodríguez Iglesias riza el rizo al tratar a un malparto del mismo. De manera que el protochicle se convierte en cuestionable desecho que trastoca la fisionomía tradicional de los orificios del cuerpo: *El aborto del chicle no ocurrió por delante / ni por detrás / ni por la boca / fue por una cavidad auditiva / que yo nunca entendí como cavidad auditiva.*⁹

Así, la escritura de Legna es un malpaís, en el que la materia sin valor o desprestigiada también integra y participa de redes de significado: *el poema se me sale por los oídos / por eso taponeo con chicles mis oídos / pero el poema / como siempre me desdeña / sentirme desdeñada es estar casi / tan húmeda y floja / como el pedazo de chicle.*¹⁰ De ahí que aparezcan extrañas sinestesias a través de las cuales se afirma que el malpaís escriturado necesita de otros sentidos a parte del visual, con el objetivo de cohesionarlo en su dimensión empírica: *tu palabra es de bambula / tu sonido me abarca y si tuviera dos lazos grises / me los pondría en el óvalo / para que hicieran juego con tu sonido / eres algún sonido disfrazado de quetzal.*¹¹ Estas sinestesias incomodan, por cuanto se dirimen en una existencia de materialidad marginal, esta es aquella que no obedece a los parámetros consabidos de la corporalidad o los sentidos táctiles. De manera que Rodríguez Iglesias sí incorpora a los objetos mundanos y rasos, así como el erotismo más cárnico, además de otras áreas de sentidos: *porque yo no existo pero sí existe mi tul / deberías introducirte esa botella de barro / seamos superficiales Misako / seamos dos criaturas ovulando junto al ave / pero no existimos ni la botella ni yo / ni los objetos acumulados alrededor de la máquina [de escribir] / únicamente la silla / y la máquina / y este sonido viejo que rebota en las paredes.*¹² Así, en la alusión al mundo de los sentidos aristotelianos se subraya una lectura más cruda de la que pudo hacer el filósofo griego al que, por cierto, Rodríguez Iglesias no deja de rebatir en cuanto a teoría literaria y de los géneros se refiere.¹³ La voz poética escribe en un malpaís, por cuanto en él, los órganos sensoriales se agudizan al ubicarse en una atmósfera denostada, poco transitada, eludida. En el malpaís de Legna se cuestiona el nombre de las cosas y el acto de denominar se revela problemático. De modo que los actos de ponerle título a un poema, definirse como voz poética y los significados que se resbalan entre las categorías afloran

continuamente en su obra, especialmente en el poemario *Chupar la piedra*. Respecto a los títulos, el primer elemento a destacar en este cuaderno poético es su división en cuatro partes, portando cada una como emblema una clasificación de piedras como «Ígneas» o «Calizas». Cada una de ellas contiene 12 poemas, titulados de la misma manera y colocados en el mismo orden a excepción del texto lírico que cierra la sección, cuyo título varía entre «La ley de la dinámica», «La ley de la atracción», «La ley del conocimiento» y «La ley de la belleza».¹⁴ A su vez, varios de los títulos revelan el conflicto de denominar y de literaturizar, como “No sé cómo ponerle a este poema” u otros que aluden a otros géneros literarios como “Monólogo de Misako” o “Teatro Kabuki”.¹⁵

La palabra malpaís con sus múltiples semas coexistiendo, podría encajar entre los *significados en cascada* o en *colada volcánica* que abundan en la poesía de Rodríguez Iglesias. Con ello, me refiero a su particular forma de enhebrar y articular elementos, de manera que muchos poemas se vertebran a partir de la relación semántica de unos y otros, creando una especie de red maravillosa en la que hasta los componentes más alejados desde una mentalidad puramente lexicográfica, aparecen conectados a través de sutiles dilogías: como si la aparición de un elemento despertara la ocurrencia de que existe otro puesto en relación, en una vecindad *a priori* imposible. Es el caso, por ejemplo, de cómo «xilófono», «pájaro», «Vivaldi», «poesía», «plancha de hierro» y «espíritu» se encadenan en el poema “Nudo”¹⁶ o la cascada/colada de significados que articula entre «mierda seca», «parálisis», «almidón» y «chicle».¹⁷ Así, el ritmo en los poemas de Rodríguez Iglesias no queda señalado por comas o estrofas, sino por la cadencia o gravidez de cada significado en cascada, tal como puede observarse aquí: *la fruta tiene semilla y la piedra tiene semilla / la fruta tiene membrana / y la piedra tiene una sutil membrana / que yo quito con la punta de los dientes / y desactivo la piedra / y la chupo*.¹⁸ En el malpaís de Legna las palabras son fructíferas porque son materia, siempre. Con independencia de que el fruto sea un desperdicio, un fluido que el cuerpo desecha, un instrumento de trabajo, una goma de mascar adherida a una uña o una piedra metamórfica.

El malpaís de Gelsys

García Lorenzo le da una vuelta al lenguaje, como si las cosas significaran lo contrario a lo que refieren, tal como se desprende del poema “Lluvia”.¹⁹ En él, aparecen unas gotas de agua retumbando en la ventana que quedan opacadas al final del texto por los paraguas que *se precipitaron al unísono contra el cristal*.²⁰ Así, la lluvia, el sol, la niña se subsumen en el paraguas. Los primeros quedan diluidos en sus signos propios para unificarse bajo el paraguas. En este y otros textos de García Lorenzo, con

cierto aire borgiano de “Emma Zunz”,²¹ los hechos objetivos y culpabilidades parecen relativizarse a vueltas con la cuestión del sujeto. “La otra” o “Nirvana”²² aluden, a su propia manera, a los sujetos múltiples de Alejandra Pizarnik, a las combinadas esferas del ser que deben ocultarse o mostrarse según el marcador social. Las socias y las muertes múltiples son consecuencias de esta lógica procaz.²³

Así, en el malpaís de Gelsys, se cuestionan las grandes consignas occidentales: el tiempo, el yo, la muerte, la existencia, la luz o el verbo, lo cual entronca con la crítica a los credos. De ahí que se problematice la idolatría a la cultura material de nuestra época pop y fetichista, que pasó de mistificar a una divinidad única e intangible, a endiosar o demonizar a los objetos o a, por ejemplo, reutilizar el lenguaje religioso, desacralizándolo, en series televisivas de terror.²⁴ Esta «reescritura desde la negación» más que pretender el nihilismo supone «mirarse en un espejo»,²⁵ por cuanto la negación, en este caso, implica combar los hierros más macizos de los relatos aprehendidos y heredados, incluidos los literarios. Se trata de escribir, es decir, de hacer uso del lenguaje, pero incluyendo con él su falta. Integrar esta ausencia permite relativizar, problematizar y hablar de las zonas oscurecidas por el imperio de la luz. Estas son los malpaíses, las prohibiciones, las blasfemias o hechos descarnados de los que nadie quiere hablar, es decir, el interludio entre la realidad y lo que la socava.²⁶

He llamado desde todos los teléfonos de la ciudad. Todavía me duelen. Porque después tuve que parirlos a todos, al unísono [...] *La gente mirándome, cuando entré en la camilla. Los teléfonos timbrando cada vez más fuerte. Después la sala de operaciones. El escarpelo. La anestesia. El silencio. La oscuridad. De nuevo la luz enceguedora. Los teléfonos en la cubeta como coágulos. El persistente olor a anestesia. Y un último timbre, y un último cable aún prendido, aún colgado como un hilo de sangre y agua que baja por mis muslos.*²⁷

*El malpaís de Gelsys incomoda, al modo de la «Reserva de Salvajes» llamada «Malpaís» de Un mundo feliz.*²⁸ Este «malpaís», como el de Gelsys, concentra los negativos sociales y epistémicos, estos son, aquellas áreas presentadas como oscuras y que se mantienen contenidas por el imperio del placer que prima en la sociedad prestigiada en la novela. El distopismo que rezuma la obra de Huxley aparece en ocasiones en las ciudades retratadas por García Lorenzo: protestas, aglomeraciones humanas, gritos histéricos, gente por todos lados, multitudes, carteles, gritos de nuevo, policía, huidas... Raúl Flores Iriarte dice al respecto: “Y los climas, las atmósferas, los afectos y los sentimientos atraviesan como cables de tendido eléctrico esta otra ciudad delirante, incompleta que hallamos en las páginas de *Vesania* y de *Anábasis*; paredes atravesadas por sombras incorpóreas, golpes de oscuridad, gente que se oculta”.²⁹ Así, en el lugar escritural de Gelsys, el horizonte se traza desde la desconfianza del lenguaje.

Es un malpaís forjado a partir del volcán del descreimiento y ahora modelado entre lavas de las posibilidades de considerar lo nunca considerado, lo negativo.

Frente a una sociedad vigilada, frente a muchedumbres, policías, jueces y persecuciones, lo que se produce, al fin y al cabo, es el encuentro con una misma. Este es el malpaís, esto es, el lugar vaciado de referentes, a modo de paisaje del inconsciente o del lugar que queda una vez desmontados los grandes símbolos que parecían perfilarlo. Aunque para llegar a él no hay otro camino que el de los propios símbolos ya que, siguiendo interpretaciones lacanianas, no se puede escapar a la irrupción del lenguaje: la silla de esparto, las puertas, los trenes, las jaulas, la soga, las escaleras, las miradas y la observación devienen algunos de estos símbolos a desentrañar en los cuadernos *Anábasis* y *Vesania*, de García Lorenzo. Por eso en el texto “Ojos”,³⁰ tras un recorrido por diversas miradas de vecinas y transeúntes de un edificio, acentuando el sentido de custodia en la estructura de pisos, culmina: *y entre todos ellos había uno que nunca dejaba de mirar, que lo aturdió mansamente: en la habitación también estaba su ojo.*³¹ “Blanco sobre blanco”³² representa otro ejemplo, en el que, de nuevo, aparecen la gente, los pájaros y la lluvia. Tras una atmósfera de invasión plumífera, el pasaje termina con un nuevo encuentro con el reflejo propio aunque sin proceder este del espejo convencional: *La lluvia [de plumas] ha llenado la ciudad de charcos y los transeúntes pueden ver sus rostros en ellos. Sus rostros sin artificio de los espejos. Sus blancos rostros.*³³

El malpaís de Jamila

El malpaís de Jamila Medina Ríos encuentra la aridez de los mitos infundados, pelea contra los vientos fuertes de las tradiciones falogocéntricas y se raspa con los espejos infértiles, que reproducen una vez y otra un Narciso que no se *fuga en pleamar*. El resultado es la herida y el dolor, que imposibilita el eros pleno o el ser en simbiosis absoluta con el estar. Así, reivindicar la contradicción (o el malpaís, como lugar sin serlo) se convierte en la más absoluta de las coherencias.

El malpaís fácil en la obra de Jamila Medina Ríos es el paisaje ruinoso de la estación de trenes de Almendares o los «Campos como tarjetas de metro roturadas» que observa la voz poética en su desplazamiento de “Ánimas-Mayabeque”,³⁴ ambos poemas de *País de la siguaraya*. Sin embargo, la analogía sencilla entre malpaís y paisaje interior cubano, se desmonta o se redimensiona cuando se dignifican ambos: *Mas las llanuras me traen girones de versos, gorriones de conversación.*³⁵ El país interior, el tildado de «malo» o el rechazado, se convierte en escenario de indagación con doble direccionalidad hacia el exterior y hacia el interior: *Yo, que todavía no sé controlar el ritmo de mi respiración, que no haré hijos, que no quiero sembrarme en una*

casa.³⁶ El malpaís es el yo, excluido del discurso del progreso, una vez considerados el confinamiento de la tierra y la mujer a unas determinadas funciones. Ambas se liberan una vez activado el mecanismo del viaje, ya que al emprenderse el desplazamiento en sentido iniciático se posibilita el encuentro frontal con el lugar y con el yo. Es entonces cuando el padre levanta “la condena del cuidado final... (*Nanadora/ acunadora / sanadora*)”³⁷ asociada a los roles femeninos tradicionales.

Sin embargo, el malpaís de Jamila es además el *hueco de araña*. Esto es, en propias palabras de la autora, “la boca del amante, el sexo, la isla, la provincia, mi nombre, mi ojo, mi vagina. Todo lo que me hace tender raíces –que quiero volátiles–; abrir tentáculos como un pulpo insaciable, que luego debo cortar, para quedarme a solas y volver a escribir primaveras cortadas arenosas”.³⁸ El malpaís es las *primaveras cortadas* como esa vida/tierra frustrada, como el campo que es al mismo tiempo yermo debido a la imposibilidad del ser. Esta constituye la extensa paradoja jamiliana –encontrada en el neobarroco caribeño, podría ser– como la de *morir en una piel de la que puedan salir campos enteros de lavanda*.³⁹ Se trata de una paradoja alusiva a la fuerza de significados, de emociones y de vidas que no murieron por agotamiento, sino que, debido a una interrupción súbita, quedan suspendidas pero concentradas en cierto poder simbólico.⁴⁰ Es el halo que envuelve al malpaís: magma convertido en pequeñas piedras y coladas solidificadas cuando entran en contacto con lo que la atmósfera ofrece. La lava en la superficie representa una concentración de lo que antes se hallaba en el centro de la tierra. Así mirado, el malpaís no es lava agotada, sino suspendida, siendo y esperando a ser al mismo tiempo.

El malpaís es el lugar intermedio de la escritura pues, como indica Medina Ríos en el poema “Ecolalia”: *Cómo no hallar un nombre fracturado*.⁴¹ De modo que, la escritura se aposenta, polemiza, en el intermedio de los significados, en la ambivalencia y también el vacío. La totalidad no puede existir en un país que es solo *malo* o en un lugar de escritura intermedio, o como expresa poéticamente *raíces en el aire / y ni sembrarse ni caer*.⁴² El malpaís dificulta la raigambre pero no fuerza a la *apatridia* o trampa de lo global, tal como establece el poema “Emigro” en su inicio: *Hay algo ahí con la desposesión / raíces sin tener dónde agarrar*, o después: *Mi padre y mi madre. / Vienen descoronados. / Por ver si pongo un huevo / apretujo mis raíces en un hueco de araña y / asegurándolas con caca y con saliva / les prometo crecer*.⁴³ Así, frente a la *descubanización* subrayada por la propia Medina Ríos ante las lecturas de Gilberto Padilla o Walfrido Dorta,⁴⁴ se plantea un esfuerzo de asentarse o de encontrar un *hueco*. La diferencia estriba en que la generación anterior no ha validado este sentido propuesto por los *cero* de habitar el malpaís. A este respecto, Emily Maguire explora los entresijos de la denominación de «Años Cero» en la narrativa cubana, como un apelativo falaz, que alude al tiempo anterior al inicio de la acción

o “un instante fuera del tiempo, en el cual el suspenso crea una especie de pausa”.⁴⁵ Este *cerro* o pausa impuesta, en el fondo, impide la incorporación del *malpaís* en el sentido aquí expresado, el esfuerzo de algunos autores de este milenio de entenderlo, de emocionarse (con terror, encanto o apatía) aún con su aridez, de no conformarse a veces con las piedras tropezadas y sus lecturas, de probar y de asumir las consecuencias de maldecir lo maldito, y de que, quizá con ello, el mal se anule. *Parpadeo / cierro los ojos enrollada en mis raíces como en un velo denso / para dormir y regresar*⁴⁶ o *Dicen ciertas sesudas económicas / que el cerro/ no se rellena (de suyo) con el uno / que un pez sin bicicleta / [...] / puede cruzar a nado el Mar de los Sargazos / y deleitarse / [...] / en practicar su propia rebelión*.⁴⁷ Tales propuestas se concretan en reterritorializaciones como *Mutar del archipiélago / al país intramontano... o de la cárcel de agua/ –fondo de útero y de ojo / de huracán– / al territorio entrerríos*,⁴⁸ esto es, de denominaciones colonizantes o *malpaisantes* del cuerpo femenino y del insular a lugares propios, conscientes o reclamados.

En el malpaís de Jamila hay una atmósfera de amenaza o de tensión, cernida entre *furnias* y *furias*. Y es que la redención que supone esta escritura reivindicada actúa como *un latigazo en la carne para abrir zanjas y liberar fluidos*.⁴⁹ Así, escribir o el intermedio inquietante para la *psyque* binaria constituye un “ejercicio no como la erección de un panóptico sino como una obturación, ensanchamiento de la dilatación del ser habitada, explorada, cavada, perforada”.⁵⁰ Entonces afloran las heridas y el dolor, de los cuerpos *públicos* que reclaman su lugar *público* muchas veces negado. Cuerpos de mujer, y también, como objetos de la misma violencia, el cuerpo de las islas: *En medio del océano sangrante / contra el paso de los vientos / islas blancas/ que cruzan/ huyendo como flechas / proa al sol*.⁵¹ Esta correlación entre cuerpo y territorio –sendos malpaíses al interior de descripciones patriarcales y extractivas– asoma entre *furnias* y *furias*: *Todo cuerpo / como ruina a(b)negada / de la arquitectura de otros días [...] / Cuerpo de la ciudad de Anemur / un cuerpo que podría ser el tuyo*.⁵²

La geografía del malpaís de Jamila es una geografía en disputa que no asume las corporalidades castigadas, es decir, aquellas autonegadas desde su creación y sentenciadas a existir a expensas del otro que las define y denomina. De ahí que la solución propuesta sea radical al reivindicar el proceso –que imbrica pensar, sentir, vomitar, eyacular, sangrar– como conformador último del lugar de escritura.

La condena del malpaís escritural es asumida por las poetisas aquí congregadas como lugar válido de creación literaria. Desde la lógica metafórica iniciada, la lava representa el particular e incendiario uso del lenguaje, bien de sus formas, bien de su química, o bien de ambas.

El malpaís de Legna es provocador. Como indica Quesada Gómez tomando como ejemplo únicamente el sugerente y frívolo motivo del chicle, “Para autores desinteresados por las esencias cubanas, el artificio de la fruta y el azúcar reunidos en una goma de mascar, resulta –a todas luces– atrayente, máxime cuando se trata de una sustancia enraizada en la cultura popular y el modo de vida occidental”.⁵³

Gelsys observa lo inquietante de las formaciones de la lava. No se conforma con tildar de inservible lo agreste de las coladas volcánicas y sospecha. Como una espeleóloga se adentra en los límites de las categorías asumidas por el lenguaje y explora hasta llegar a los límites de lo consabido. Jenofonte y Ciro, pasaje y paisaje. Encontrados ambos, en el tumulto, en el viaje, en la confusión del lenguaje, en el desdoblamiento del sujeto, ocurrió algo inusitado: *cuando miró a su alrededor solo pudo verse a ella misma*.⁵⁴

El malpaís de Jamila implica una especie de tragedia: “Una escritura inacabada, abortada a medias. Imposibilidad de llegar al sexo gozoso y sin dolor”.⁵⁵ La geomorfología del malpaís supone un correlato de las morfologías interiores y exteriores, de las diferencias que alguien colocó entre ambas esferas (si es que se pueden resumir en dos). Las mismas que trasladan un significado de quebranto a la relación entre gestación y fruto, entre lo íntimo y lo público, entre sujeto escribiente y escritura.

Así, los malpaíses presentados sí tienen nombre propio, al contrario de lo que ocurre con muchos en mi tierra de origen. Los aquí expuestos no tendrán validez científica o reconocimiento geográfico pero sí se aproximan a responder a unas cuestiones que trajeron de cabeza a la generación nacida con el postestructuralismo instaurado, a la que creció tras la caída de las magnas creencias, a la llamada a crear en el *cero* o en el punto de partida de milenio: “Lo imposible no es la vecindad de las cosas, es el sitio mismo en el que podrían ser vecinas [...] ¿en qué lugar podrían encontrarse, a no ser en la voz inmaterial que pronuncia su enumeración, a no ser en la página que la transcribe? ¿Dónde podrían yuxtaponerse a no ser en el no-lugar del lenguaje?”.⁵⁶

Notas

¹ CAPOTE, Zaida: *La nación íntima*. Ciudad de La Habana: Ediciones Unión, 2008, 181 págs. pp. 6, 14-15.

² PÉREZ, Ángel; y MORA, Javier L: «La desmemoria: lenguaje y posnostalgia en un *selfie* hecho de prisa ante el *foyer* del salón de los Años Cero (prólogo para una antología definitiva)», *Long Playing Poetry. Cuba: Generación Años Cero*, Richmond (USA): Editorial Casa Vacía, 2017. Págs. 9-39, p. 11.

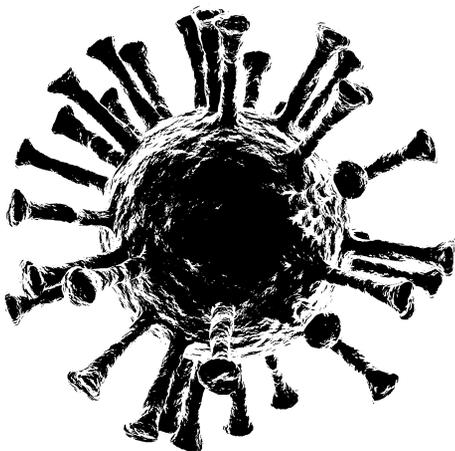
³ PADILLA CÁRDENAS, Gilberto: «El factor Cuba. Apuntes para una semiología clínica», *Temas* (no. 80): págs. 114-120. Octubre-diciembre, 2014.

⁴ QUESADA GÓMEZ, Catalina: «Arqueologías globales en la literatura cubana: de las ruinas al chicle». *Cuadernos de literatura*, vol. XX (no. 40): págs. 313-324. Julio-diciembre, 2016, p. 322.

⁵ Ídem.

- ⁶ RODRÍGUEZ IGLESIAS, Legna: *Chicle (ahora es cuando)*, México: Proyecto Literal, 2013. 88 págs. p. 65.
- ⁷ Ídem.
- ⁸ Íbidem, p. 83.
- ⁹ Ídem.
- ¹⁰ Íbidem, p. 71.
- ¹¹ RODRÍGUEZ IGLESIAS, Legna: *Chupar la piedra*, Habana Vieja: Casa Editora Abril, 2013. 75 págs. p. 31.
- ¹² Íbidem, pp. 31-32.
- ¹³ COLUMBIÉ, Ena: «Legna Rodríguez Iglesias: la literatura es un monstruo que se alimenta de lo que sea», *El Nuevo Herald* [en línea], Miami (USA): 15 de julio de 2016. Fecha de consulta: 3 de julio de 2020.
- ¹⁴ RODRÍGUEZ IGLESIAS, Legna: *Chupar la piedra*, Habana Vieja: Casa Editora Abril, 2013. 75 págs. pp. 24-25, 42, 57, 75.
- ¹⁵ Íbidem, pp. 23, 41, 55-56, 74; 11-13, 31-32, 47, 64-65; 21, 39, 53, 71-72.
- ¹⁶ Íbidem, p. 49.
- ¹⁷ RODRÍGUEZ IGLESIAS, Legna: *Chicle (ahora es cuando)*, México: Proyecto Literal, 2013. 88 págs. p. 29.
- ¹⁸ RODRÍGUEZ IGLESIAS, Legna: *Chupar la piedra*, Habana Vieja: Casa Editora Abril, 2013. 75 págs. p. 7.
- ¹⁹ GARCÍA LORENZO, Gelsys Ma: *Vesania*, Camagüey: Editorial Ácana. 2005. 60 págs. p. 10.
- ²⁰ Ídem.
- ²¹ BORGES, Jorge Luis: «Emma Zunz», *El Aleph*, Madrid: Alianza Editorial, 14^{ta} reimpresión, 2008. 203 págs. pp. 68-76.
- ²² GARCÍA LORENZO, Gelsys Ma: *Vesania*, Camagüey: Editorial Ácana. 2005. 60 págs. p. 16, 24.
- ²³ GARCÍA LORENZO, Gelsys Ma: «Formas de volver a morir», «Monismo», *La noria* (no. 16): págs. 47-50. 2019. pp. 49-50.
- ²⁴ GARCÍA LORENZO, Gelsys Ma: «No idolatrarás a bestia ni a imagen alguna», «Revelación», «No creerás», *Rialta* [en línea]: julio de 2018. Fecha de consulta: 3 de junio de 2019.
- ²⁵ CABRERA, Yoandy: «Gelsys M. García Lorenzo: los mandamientos de la negación». Tomado de: <https://nombrarcosas.wordpress.com/2013/02/20/gelsys-m-garcia-lorenzo-los-mandamientos-de-la-negacion/> 20 de febrero de 2013. Fecha de consulta: junio de 2020.
- ²⁶ HOMER, Sean: *Jacques Lacan*, New York: Routledge, 2005. 155 págs. p. 81.
- ²⁷ en CABRERA, Yoandy: «Teléfonos», Tomado de: <https://nombrarcosas.wordpress.com/2014/02/08/telefonos/> 8 de febrero de 2014. Fecha de consulta: junio de 2020.
- ²⁸ HUXLEY, Aldous: *Un mundo feliz*, Barcelona: Plaza & Janés, 1969. 189 págs.
- ²⁹ FLORES IRIARTE, Raúl: «Una placa de ionómero», Tomado de: <https://www.isliada.org/una-placa-de-ionomero/> Fecha de consulta: junio de 2020.
- ³⁰ GARCÍA LORENZO, Gelsys Ma: *Anábasis*, Camagüey: Editorial Ácana, 2007. 46 págs. p. 32.
- ³¹ Ídem.
- ³² GARCÍA LORENZO, Gelsys Ma: «Blanco sobre blanco», Tomado De: <http://www.cubaliteraria.cu/revista/laetradelescriba/n75/articulo-3.html>. Fecha de consulta: 3 junio 2019.
- ³³ Ídem.
- ³⁴ MEDINA RÍOS, Jamila: *País de la siguaraya*, La Habana: Letras Cubanas, 2017. 94 págs. pp. 16-18, 20-22.
- ³⁵ Íbidem, p. 20.
- ³⁶ Íbidem, p. 24.
- ³⁷ Ídem.
- ³⁸ ECHEVARRÍA, Ahmel: «En el borde del abismo», Tomado De: <https://web.archive.org/web/20120323185126/http://vercuba.com/index.php/archives/530> 18 de abril de 2011. Fecha de consulta: 8 de septiembre de 2019.
- ³⁹ MEDINA RÍOS, Jamila: *Primaveras cortadas*, México DF: Proyecto Literal, 2012. 73 págs. p. 14.

- ⁴⁰ Jamila Medina Ríos en VÁZQUEZ, Yailuma. «Habitando el país de la siguaraya», *Hypermedia* [en línea]: 16 de abril de 2018. Fecha de consulta: 19 de agosto de 2019.
- ⁴¹ MEDINA RÍOS, Jamila: *Huecos de araña*, Ciudad de La Habana: Ediciones Unión, 2009. 105 págs. p. 103.
- ⁴² *Ibidem*, p. 8.
- ⁴³ *Ibidem*, p. 69.
- ⁴⁴ MEDINA RÍOS, Jamila. «Una Cuba de Rubik: Holograma de los Año(s) Cero (hibridez, glocalidad, ¿des?posesión)», *Revista de Estudios Hispánicos* (no. 51): págs. 245-274, 2017.
- ⁴⁵ MAGUIRE, Emily. «Freeze-frame: temporalidades especulativas en la escritura de la *Generación Años Cero*». *Revista Letral* (no. 18): págs. 9-22, 2017. p. 10.
- ⁴⁶ MEDINA RÍOS, Jamila: *Huecos de araña*, Ciudad de La Habana: Ediciones Unión, 2009. 105 págs. p. 72.
- ⁴⁷ MEDINA RÍOS, Jamila: *Anémona*, Villa Clara: Ediciones Sed de Belleza, 2013. 108 págs. p. 46.
- ⁴⁸ *Ídem*.
- ⁴⁹ *Ibidem*, p. 6.
- ⁵⁰ *Ídem*.
- ⁵¹ *Ibidem*, p. 21.
- ⁵² *Ibidem*, p. 23.
- ⁵³ QUESADA GÓMEZ, Catalina: «Arqueologías globales en la literatura cubana: de las ruinas al chicle». *Cuadernos de literatura*, vol. XX (no. 40): págs. 313-324. Julio-diciembre 2016, p. 320.
- ⁵⁴ GARCÍA LORENZO, Gelsys Ma. *Anábasis*. Camagüey: Editorial Ácana, 2007. 46 págs. p. 12.
- ⁵⁵ MEDINA RÍOS, Jamila: *Anémona*, Villa Clara: Ediciones Sed de Belleza, 2013. 108 págs. p. 96.
- ⁵⁶ FOUCAULT, Michel: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México: Siglo XXI Editores, 32^{da} edición en español, 2005, 375 págs. p. 2.



Oscar Cruz
(Santiago de Cuba, 1979)

Dieciocho huecos

cuando pienso en mi padre
de polo y bombacho con su palo

me doy cuenta de que él, nunca dudó sobre su arte.
su guerra y necesidad eran las guerras
contra un sordo y persistente destartalo.

un yo que pretendía posiciones
como aquellos personajes que en los cuadros de “El Viejo”
no lograron obtener de la que hiede

una concesión
un aplazamiento.

mi padre, arrepentido
frente a Dios, no mira como a putas las banderas
que en la ruta lo cegaron

un *putter* devenido buen pastor

ya no se contenta
con meterla.

Audiencia sanitaria

aunque perros rabiosos infesten los caminos
y destilen por sus ojos el deseo de joder
si me llaman por mi nombre no replico.

declino a los falsetes humillantes de su voz
a su forma de lenguar declino.

sus dueños ordenaron una farra para mí

y son sus formas de llamar
de una sorna y un amor casi excesivos.

El ocaso de los ídolos

lo vi arrancarle la cabeza
a un número tenaz de despiadados:

ganchos
rectos
codos graves

tradujeron la risita de un bufón inolvidable.

lo vi roncar sobre el Arena
cuando la mano de Márquez
le ordenara: bocabajo.

Pac Man, domador de caballos

no es un jubilado pero eso parecía

al verlo fantasmear contra un cubano
que blandía sobre el culo:

“Patria y Vida”.

Formas de gestión no estatal

uno aprende a resingar
porque no hacerlo
implica colocar el bulto en las manos de ellos.

resingar no dice si eres malo
o eres bueno
o si tienes
el pH neutro
como un pote de champú.

resingar implica la decencia para hacerlo
juntar las piezas
y ensamblar
la figura monocorde de un jumento

escucharlo balbucear.
advertirle por lo llano: no te creo.
sensible mentidor hijo de puta
no te creo.

farfullas
desbarras

y

bailas
frente mí

con la misma petulancia
de un pelele.

me dices que la meta es ser feliz
y noto en tus palabras
que lo eres:

felices los asnos de mi tierra

la luna los enfría
el dólar los calienta.

Italian Coffee Style

dignos secuaces vienen aquí
para dragar a nuestras nenas de la casta Ventú;
nenas entregadas al poder de unos vejetes
que sacan de la bolsa un ejemplar
del *Corriere della Sera*

—edición estelar—

“bon yorno, ¿me invitan a un café?”
dice la morena que coordina y pone voz.

su manera de arribar
semeja a un alimoche: morbo y desdén
pagan su vuelo.

la vi flotar ahí
solventar con capuchinos los trofeos:
oro en los ojos; rojo en los labios; brillo en las
tetas.

una vida consagrada a la pereza.

uno de los tigres sonrió.
pidió la cuenta.

Komatsu

cavé dentro de mí
sin hallar un sentimiento que indicara el firme:

cuchillas
debacles
privaciones

las púas oxidadas de un paraje
donde falsos caballos se tiraban
a las bestias cebadas de Marimón.

lo he visto
y tú lo has visto

ha sido para ti
y para mí.

tres capas más abajo
dos madres ya sin rostro
cuidaban su jardín.

así se consumió mi juventud:

tratando de encontrar el firme dentro de mí
he desenterrado un resplandor
degenerado
y triste.

Hombre de Lascaux

cualquiera habría nacido
en una granciudad

con carteles proletarios por doquier
ampliaciones de los héroes por doquier
y palabras VENCEREMOS por doquier

de manera que uno cree vivir en la posguerra
escuchando a sutanejos–perencejas
repetir con devoción que para ellos

es un privilegio

estar aquí

en una granciudad

con la plaza de gobierno como aquel pueblo de
indias
que haría las delicias del señor Le Corbusier.

¿hay lugar allí para el poeta?

¿para el hombre que yace
ante los ojos del bisonte
que lo mide y amedrenta?

el bisonte desde siempre ha estado ahí
y sientes que al chocar con él
ya no das ni pides tregua.

has entrado al hueco donde los Cuna
aplacan su miseria con alcohol

y dan pena
y puñaladas por alcohol

camino sus pasajes
y me pierdo.

converso con los míos
y me pierdo.

y sangre de mi sangre
yo me pierdo.

sin embargo
qué igual he sido y seré
a toda esta gente.
qué procesión

qué sentimiento me da
cuando de ti yo me acuerdo

andando a la par
de toda esta gente.

pueblo Cuna

¿esto tiene remedio?

qué sé yo.

Robin Myers
(Nueva York, 1987)

Traducción: Ezequiel Zaidenweg
(Buenos Aires, 1981)

Laguna

Estuvo un par de horas, como se dice,
ida. Como si supiera adónde

ir. Se acordaba de quién
era. Y de quiénes éramos nosotros. Registraba el dolor

húmedo. En el pecho izquierdo. Sabía que estábamos en
casa. Donde ella no

vivía. No se acordaba de cómo habíamos llegado
ahí. O de que un hospital nos había dejado

venir. O de hace cuánto. Así que nos volvió a preguntar una y otra
vez. Y le dijimos cada una de esas

veces. Nos turnamos para agarrarle la
mano. Se revolvía en el sillón, como si tratara de no

ahogarse. Pero en
sueños. ¿Quién es el responsable

acá? Preguntó, recorriendo el *living* con la
vista. Por supuesto no había una buena

respuesta. A esa pregunta. Le dijimos que
nosotros. La íbamos a cuidar y así lo

hicimos. Cuando volvió, no se acordaba. De haberse

ido. Cuando le agarré la mano. Fue una nena, por un instante, y yo no lo

fui. Me corta, como dicen, la respiración. Me hace estremecerme preguntarme

qué. Me va a hacer sentir algún día esa confianza. De nuevo.

Al-Khalil

Había que pasar por un puesto control afuera de la mezquita donde había ocurrido la masacre. Los soldados se llevaron nuestros pasaportes y desaparecieron, lo cual quería decir no que nos íbamos a mover de ahí por un rato largo. Otro, en la entrada, estaba sentado en una plataforma como el vigía de un barco. Como la mayoría de los traductores, era el policía bueno. Saludaba a las mujeres con mucha educación, se sabía los nombres de los chicos, bromeaba sobre fútbol en árabe. Shadi lo miraba con expresión sombría. Él nunca había estado en Al-Khalil y pasó un rato hasta que me contó qué fue lo que se dijeron. “¿De dónde sos?”, le preguntó el soldado, en hebreo. Haifa, dijo Shadi, en árabe. “¿En serio?”, le preguntó el soldado, en hebreo. “¿En qué calle?” Abbas, le dijo Shadi, en árabe. “Mirá vos”, dijo el soldado, en Hebreo. “Somos vecinos”. Y, señalando el puesto de control, “¿Cuánto hace que estás esperando?” Sesenta años, dijo Shadi, en hebreo. “Mirá”, le dijo el soldado, en hebreo, “ustedes deberían estar agradecidos con nosotros. Antes de que llegáramos, ni siquiera tenían autos, sólo camellos”. El abuelo de Shadi había sido taxista, en árabe. Shadi no dijo nada, en ningún idioma. Cuando nos devolvieron los documentos, bajamos por una calle donde todo era de piedra y gris y cargado de tensión como si fuera estática: gatos raquíticos, un nene con un solo brazo, un padre que lo agarró más fuerte cuando nos vio. Seguimos caminando hasta que vimos a otro soldado.

Un chico más grande, que tendría doce, andaba por ahí.
 “¿Adónde van?”, preguntó el soldado, en hebreo. “Estamos paseando”,
 dijo Shadi, en hebreo. “Tienen que volver”, dijo el soldado, en
 hebreo. “¿De dónde sos?”, me preguntó el soldado,
 en inglés. Nueva York, le dije yo, en inglés. “Ah, Nueva York”, dijo
 el soldado, en inglés. Le hizo un gesto al chico. “¿Sabés
 dónde queda eso?”, le preguntó el soldado al chico, en inglés. Estados
 Unidos, dijo el chico, en inglés. “Estados Unidos”, dijo el soldado, en inglés.
 ¿Te gusta Estados Unidos?, le preguntó al chico, en inglés. El chico
 no dijo nada, en ningún idioma. Por supuesto, pasaron otras cosas
 ese día. Un chico que remontaba un barrilete en una azotea; rollos
 de paño negro con florcitas carmesí bordadas; queso dulce;
 un olor espeso y áspero como una especie de marihuana
 del quinto círculo; un enrejado como un velo sobre los pasillos
 de la ciudad vieja, donde los colonos a veces le tiran
 comida podrida o agua de la cloaca a la gente que pasa; un restaurante
 y rotisería donde preguntamos si podíamos entrar a hacer pis;
 la voz de Shadi, en árabe, que saludaba a la gente que nos dijo
 donde estaba lo que buscábamos –la salida– como si hubiera sido
 la primera vez que venía. Y a lo mejor lo fuera,
 aunque no estoy seguro de qué respondería si se lo preguntaras.



Paciente

El hospital vive al lado del teatro, y comparten una plaza con una fuente, un carrito nocturno de panchos, una estatua de una Madonna volcánica con su bebé. Los acomodadores salen a fumar, los médicos se escapan a fumar, las camisas negras y las batas blancas se demoran y desaparecen en una nube acre. La plaza se llena. Crisis, estreno, pase lo que pase, los cuerpos se forman en fila. Algunas perlas y sacos. Algunos *tuppers*. Hombres que duermen con rigor en un banco de piedra, con el portafolios a un costado. La comida forma parte de sus actividades. Papas fritas de bolsa al lado de la boletería, sándwiches de queso en bolsas para sándwich, Nescafé, tacos hasta tarde. Las vueltas que da la gente, la relación con sus propias extremidades ociosas. La mayoría se amontona como gansos si están juntos. Parejas que esperan inquietas, el flash de una cámara, un llanto irregular desde un auto estacionado. Las lamparitas de las marquesinas. Miradas al reloj para ver qué hora es. La luz límpida de la funeraria de enfrente. Rosas rojas en mano, una camilla recostada como un borracho contra una ambulancia. Y podría seguir. Porque esto sigue. Paso por esta escena casi todos los días para ver a alguien que amo. Trato de no llegar con las manos vacías, y a veces abre la puerta antes de que yo meta la llave.

Cataratas

Difícil describir qué es lo que vimos,
 porque era solo agua
 tanta agua
 que no podíamos
 Iguazú. Pero los pájaros
 podían, al volar sobre el manto de rocío
 y luego atravesarlo de nuevo con sus cuerpos.
 No era sólo rocío, sino Iguazú, envoltura
 o naufragio,
 materia suicida con una fe furiosa en su propia
 metamorfosis:

era el rugido más visible aún
que Iguazú, los choques del agua con el agua con el agua se perdían
para siempre al caer en picada, después más
Iguazú en un para siempre
en que era totalmente natural creer.
Alguien que amaba
se murió. Hace unos años
estábamos mirando una película sobre el mar
en una pantalla curvada que nos abrazaba como un ojo, una legión de peces
respirando en su esfera ondulante de agua y seres,
un pulmón perfecto,
una porosidad total
de la confianza. Y ella
al final se tiró sobre mis piernas y apoyó la cabeza en la falda de mi mamá
y se puso a llorar. Iguazú,
quién sabe qué
hacer con tanta
agua.
En apenas segundos, ya tenía la cara toda mojada, el trueno
Iguazú, la roca vuelta a tallar
constantemente por sus golpes
implacables.
Quién podía saber que veríamos el río más firme
que la piedra. Quién podía saber
que el rocío
se hacía así, tan espeso por todas partes que no podemos dejar de verlo
descompuesto en aire y agua,
que no podemos verla desaparecer.

Poema para mí como madre soltera

O como alguien que se automedica,
o como cantora de canciones a dos
lenguas, o subsecretaria de caminatas antes
del amanecer, o de cualquier
otro organismo público. Son sólo
conjeturas. Sigo agendándome en la mano
todos mis compromisos, tiendo
siempre a cumplir.

Conozco un par
de cosas
a esta altura: los fideos con queso, el perro
boca abajo, cómo hacerme una trenza
por encima del hombro izquierdo, que tenemos derecho
a desilusionarnos los unos a los otros,
sólo la melodía
del himno honorífico de un país en donde
jamás voy a volver a vivir.

La hija que tenga me tendrá
que esperar,
como yo a ella.

Algunos días siento
su latido mientras va acumulándose
en mí, pruebo
mi cucharada de vino.

Siento cómo mi cuerpo
se tambalea,
cambia.

Para una amiga que no siempre tiene ganas de vivir

Las cosas se derriten, se inundan, se escabullen, se pinchan,
 se desvían, se enferman, se fisuran y caen de rodillas
 en la más increíble variedad
 de circunstancias. Creo que tampoco
 somos más que cosas desde una perspectiva
 general, almas trémulas
 garabateadas al pasar
 sobre la cáscara del mundo en su erosión
 de martillos neumáticos. Mira
 cómo junto letricas en terrones
 de satisfacción aliterativa, rascando
 algo para regalarte.
 No sé mucho de ti
 más allá de las razones por las que nos sentamos
 un rato juntas en unos bancos bajos de madera,
 hojeando servilletas, la cabeza inclinada
 hacia las palabras de la otra en reverencia
 a la dificultad para encontrarlas. Creo
 que estar así con alguien
 es abrazar el suelo
 con los pies, y esa es
 la única campaña
 que pienso librar contigo o con cualquiera.



Lapse

For a couple of hours, her mind/Went. As people say. As if it knew where to/Go. She remembered who she/Was. And who we were. She registered the damp//Pain. In her left breast. She knew we were/Home. Where she didn't//Live. She didn't remember how/ we'd gotten/There. Or that a hospital had let us// Come. Or how long ago. So she asked us again and/Again. And we told her every//Time. We took turns holding her/Hand. She floundered on the couch, as if trying not to// Drown. But in a/ Dream. Who is in charge of all// This? She asked, and glanced around the living/ Room. Of course there was no good//Answer. To that question. We said/We. Would take care of her and we// Did. When she came back, she/ Didn't. Remember being// Gone. When I held her/Hand. She was a child, briefly, and I was//Not. It takes, as the saying goes, my/Breath. Away. It makes me shiver to wonder/What. Will someday make me feel such/Trust.Again.

Al-Khalil

You had to pass through a checkpoint outside the mosque,/ where the massacre had been. The soldiers took our passports/ and vanished, which meant we weren't going anywhere/ soon. Another, at the entrance, sat high as a lookout/ on a ship. Like most translators, he was the good cop./ He greeted the women politely, knew the names/ of little boys, joked about soccer in Arabic. Shadi/ watched him darkly. He'd never been to Al-Khalil/ before and it was some time before he'd tell me/ what they'd said to each other. Where are you from?/ asked the soldier, in Hebrew. Haifa, said Shadi, in Arabic./ Really, said the soldier, in Hebrew, What street? Abbas,/ said Shadi, in Arabic. Look at that, said the soldier,/ in Hebrew, We're neighbors. And, gesturing to the checkpoint,/ How long have you been waiting here? Sixty years,/ said Shadi, in Hebrew. You know what, said the soldier,/ in Hebrew, you people should be grateful to us. Before/ we came, you didn't even have cars, just camels./ Shadi's grandfather had been a taxi driver, in Arabic./ Shadi said nothing, in anything. IDs returned, we made/ our way down a road where everything was stony and gray/ and charged with a sort of static unease: skinny cats,/ a child with

one arm, a father who pulled him closer when/ he saw us. We walked until we met another soldier./ An older boy, maybe twelve, hovered by the curb. Where are/ you going? asked the soldier, in Hebrew. We're just walking,/ said Shadi, in Hebrew. You have to go back, said the soldier, in/ Hebrew. Then, Where are you from? the soldier asked me,/ in English. New York, I said, in English. Ah, New York, said/ the soldier, in English. He gestured to the boy. Do you know/ where that is? the soldier asked the boy, in English. America,/ said the boy, in English. America, said the soldier, in English./ Do you love America? he asked the boy, in English. The boy/ said nothing, in anything. Of course, there were other things/ that day. A child flying a kite on a roof; bolts of black/ cloth threaded with crimson blooms; sweet cheese;/ a dense, harsh smoke-smell like some kind of fifth-circle/ marijuana; overheard grates veiling the open-air aisles/ of the old city, where settlers would sometimes fling/ rotting food or raw sewage onto passers-by; a roast/ chicken restaurant we where asked if I could go in to pee;/ Shadi's voice, in Arabic, greeting the people who told us/ how to get where we were going—out—as if it were/ the first time he'd ever come. Which, again, it may have been,/ although I'm not sure that's what he'd say if you asked him.

Patient

The hospital lives next to the theater, and they share/ a square with a fountain, nighttime hot dog stand,/ sculpture of a volcanic Madonna and child. Ushers/ slouch to smoke, doctors hover to smoke, black shirt/ and white coat stall, then vanish acrid. The square fills./ Crisis, premiere, whatever happens, bodies stand in/ line. Some pearls and jackets. Some Tupperware. Man/ in harsh sleep on a stone bench, suitcase beside. Food is/ part of what they do. Potato chips by the ticket booth,/ cheese sandwiches in sandwich-bags, Nescafé, tacos till/ late. The milling-about, the relationships with one's own/ idle limbs. Most huddle geese-like if they're together./ Young pairs shifting feet, camera flash, ragged sob from/ a parked car. Marquee bulbs. Watch-checks. Clean light/ in the funeral home across the street. Red roses-in-arms,/ an off-wheel stretcher tipped drunk against an ambulance./ I could go on. It

does. I walk through all this most days/ to see someone I love. I try not to come empty-handed,/ and sometimes he opens the door before I turn the key.

Falls

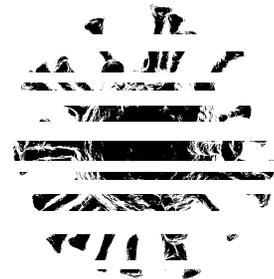
Hard to describe what we saw there,/ being only water,/ so much water/ we couldn't/ Iguazú. But the birds/ could, flinging their bodies up from the mist/ and into it again./ Not just mist but Iguazú, envelopment/ or wreckage,/ suicidal matter with a seething faith in its own/ metamorphosis—/ the roar more visible/ than Iguazú, water's collisions with water with water lost into/ the plummet forever, then more/ Iguazú in a forever only/ natural to believe in./ Someone I love/ is dead. Years ago/ we watched a movie about the ocean on/ a domed screen that embraced us like an eye, fish breathing their legion/ into a billowing globe of selves and water,/ a perfect lung,/ a total porosity/ of trust. And at the end/ she threw herself across my legs to lay her head in my mother's lap/ and sob. Iguazú,/ who knows what/ to do with all/ this water./ My face was slick with it in seconds, the thunder/ Iguazú, the rock continually/ reewn by the crush of it/ relentless./ Who knew we'd see the river steadier/ than stone. Who knew/ that mist/ was made this way, so densely everywhere we can't unsee it/ into air and water,/ can't see it go.

Poem for Self as Single Mother

Or as self-medicator,/ or two-tongued song-/ singer, or undersecretary of pre-dawn walks,/ or any manner of other/ offices. They're just/ conjectures. I still scrawl/ my appointments on the back/ of my hand, tend/ to keep them.// I know a thing/ or two/ by now: mac and cheese, downward/ dog, how to braid my hair/ over my left shoulder, that we have/ the right to disappoint each other,/ the melody alone/ to the honorary anthem of a country where/ I'll never live again.// Any child of mine will have to wait/ for me,/ as I for her.// Some days I can sense/ the pulse of her pooling/ in me, taste/ my spoonful of wine.// Feel/ my body stumble,/ change.

For a Friend Who Doesn't Always Want to Live

Things melt, flood, flee, puncture,/ stray, sicken, rift, and fall to their knees/ under the most remarkable array/of circumstances. I guess we too/are only things in the grand/scheme of them, tremulous soul-jots/so quickly smeared across/ the rind of the world in its jackhammered erosion. Look at me,/scraping up letters into cheap/ clods of alliterative satisfaction, scrabbling/at something to give you./I know little about/you beyond the reasons why we've sat/briefly together on low wooden benches,/ thumbing napkins, heads tipped - toward each other's words in reverence for/the struggle to find them. I do/ believe that to sit in such a way/with someone means to embrace the ground/with your feet, and that's/ the only campaign/ intend to wage with you or anyone.



Víctor Pérez
(Oviedo, 1978)

Amnesia, esa joya

Solo sé soñar con polis rápidos y caminos que se acortan y goles sangrientos.

Solo sé amar la inocencia del ultra realismo que encalló en occidente y embarazar familias enteras cuyo verdadero calor nunca llega a mí.

Goles perturbadores que viajan a mi lado en mi mente, y nunca desaparecen porque me faltan cojones, perspectiva.

Me cansé de ver piel y más piel de las chicas, pero nunca del descarnado escudo de la selección argentina o de la rumanía de hagi; tampoco de las reebok jump, las del puto botón que me perseguía más allá de los sueños.

Menos plantar árboles, menos poemas, menos peña sensible, y más cerveza barata y más porros gigantes y más actos de dios para los críos de europa y las américas.

Desde que dejé el tabaco me siento como el meme del pablo escobar de narcos en el columpio; solo, triste, mirando la lluvia en lontananza, y con las mismas ganas de matar de siempre.

Cuando hablo hago pausas jodidamente innecesarias —cuasi eternas— para epatar a filas y filas de pura gente.

Me gusta el horror puro, meterla en agujeros. Os quiero a todos en modo demente y a nivel dios; me gustaría limpiaros la sangre a fondo con todo ese futuro que os mantiene vivos.

Siempre que estoy a punto de correrme, el pendón de mi abuelita amalia me pincha esteroides, donde primero pilla, para que lo viva todo sin contemplaciones, y para que todo me inspire, a cada segundo.

Solo me salen poemas oscuros sobre niños-ratas invencibles y ovnis; y novelas en las que siempre acabo contando lo mismo, lo de que cambiaría mi polla por entrenar al zamora club de fútbol y tener una cabaña de troncos al pie del lago de sanabria donde guardar poética droga fresca.

El sueño de mi guela era fundar un puticlub detrás de otro y ponerles nombres de jugadores históricos del avilés industrial. Yo construí mi vida a base de placeres nocturnos; vi alejarse mucha zorra; borrarse mucho amigo de bonitos dientes.

Lo que hizo nintendo conmigo no tiene perdón. Ahora deseo que mi triste pasado se meta en vuestras cabezas y se transforme en una bestia adivinatoria.

A todos nos llega ese día en que te despiertas en un bus después de cagarla en laboratorios de usa, portugal, españa; y solo piensas en dar de sí coños que sepan lo más parecido a tu mente. Siempre nos gustaron las chicas verdes que se lo tragan todo y luego nos lo escupen en los ojos y la boca. Siempre confundimos axl rose con foster wallace, etc.

Me gusta esconderme detrás de los crucifijos desde que nintendo me mandó a vivir bajo una roca, donde me dieron la oportunidad de atar los cabos sueltos de vuestras vidas, como si yo fuera uno de los vuestros.

Imagino un mundo milagrosamente hardcore, donde todos encarnamos a un zombi condenado a muerte que no recuerda nada y al que no limitan los condicionamientos humanos. Son las 3 de la mañana. Estoy solo en mi casa a oscuras, en mitad de yerba y bolas de billar, con lluvia de fondo. Pocos sabrán de qué hablo.

Ojalá todas las luces se encendieran a mi paso y quedara yo al final en el más profundo olvido de los estudios rockstar.

Me gusta quedarme atascado en auto elegías desde siempre. Me gusta repetir mucho lo de siempre, lo de nunca, lo de peores, lo de mejores. No sé cómo sigo vivo.

Me suelo acabar enamorando de esa peña que lleva diminutas libretas de los chinos donde anotan impresiones y pareceres descomunales e inhumanos sobre lo que viaja dentro de todos y sobre todo lo que nos rodea.

Reconozco que lo único hermoso que hice en esta vida fue mangar lo suelto del cepillo de la iglesia para ir a pillar costo, de veinte duros en veinte duros, en plan poema.

Siempre llamé hermanos a los chavales de provincias que le dicen no al madrid.

Algún día, de mi copyright emergerán cuadros de cristo arrastrándose, cristos paranoicos y muy maricones, buscando más el control militar que la liberación de ninguna verdad o de ningún pueblo confuso.

Entonces, alguien o la voz de alguien dirá siguiente, y yo daré un paso y lo veré todo, y, en medio segundo, estaré en todas partes y me pondré en camino para toda la vida.

Será cuando, por fin, os toque conocer, muy lentamente y muy de verdad, a mi padre el guapo, el poeta de la familia, dispuesto a daros todo, el poeta, la bestia.

Horas del 99 que llegaron demasiado lejos

Allí de dónde venimos yo era un robot viejo e indemne que vivía en lo más profundo de tupidos bosques.

Tenía una risa aterradora, una rejilla para la memoria y los circuitos de mi mente eran la más noble dimensión de la música.

Me echo de menos. Ahora, siempre que veo a bowie lo imagino atravesando cristaleras. Dylan es el infierno de los niños. Ocurre cada año.

Sueño con tener un laboratorio sin objetivo conocido —no hay objetivo que no sea sobrenatural—, y engordar allí científicos despojados de sus familias.

Engullo la fuerza vital de series y películas. Suelo acabar saltando a la pantalla con alguno de mis típicos finales canónicos. Siempre quise algo así.

Todas las mujeres deberían llamarse clara isabel francia. Todos los hombres pensar como alexanco. Tener la mirada de satrústegui hijo. Llamarse todos juanito, o tendillo; tal vez, quini el cobarde. Esto todavía no es así. Sé que duele.

A veces pienso en gente llamada indigo prophecy que aparece pidiendo disculpas después de soltarlo todo y vuelve a sus coches para dispararse en la cabeza. Cortos viajes de auto-descubrimiento protagonizados por seres fieles, con gordas e interesantes enfermedades mentales llamadas *heavy rain*, *heavy rain ii*, *heavy rain iii*. Qué más da.

Nadie tiene voluntad propia, pero todo lo que hemos vivido tiene voluntad propia. Mi cerebro moribundo es mi puta silenciosa; me muestra rutas, eliminaciones desde el vacío de su oscuridad. No me creéis.

Amy explota de oscuridad hace unos años. Cuando veo su fantasma me gusta no tener el audio.

Unos meses antes yo no paraba de ver ese directo en Londres. Un ex amigo me preguntó que por qué no hacía otra cosa que verla cantando en aquel dvd; le dije que no lo sabía, que era como si nos estuviéramos despidiendo.

Lo peor y lo mejor de todo es que al final os he guardado solo para mí. Lo he visto en mis ojos.

Al final de todo espíritu y de todo contenido está mi primera novia. Quitarme la vida y meterla dentro de la gente sería mil veces más fiable.

El mejor de los derechos biológicos merece no ser conocido por nadie, porque al final nos acabaría destruyendo y llevándonos a la unidad más cruel.

Doy gracias a quien más solo entre en las redes en los próximos dos mil años, por su constante compromiso con nuestro fin permanente.

En la vida se trata de jugar con varios personajes dentro de nuestras manos equivocadas, y que cada uno de ellos tenga un final más perturbador que el anterior. Sería egoísta no hacerlo.

Juegos de pc del 94-95 que casi me destruyen, todo lo que hago lo hago por ellos. A veces vuelvo a conectar con ellos; parecen fugitivos. Adoro los finales desalentadores que me sacan de contexto. La vida.

La interpretación no es la realidad porque mueres condescendentemente en ambas. El desenlace de todo lo que tenemos delante lo tenemos delante.

Hay frases cariñosas y algo profundas que le dije a mi madre cuando volvía, a gatas, de fiesta; sucesiones de palabras, que, intuyo, mandará grabar en vuestras tumbas.

A los 7 añitos empecé a llamar a mi madre katana zero y katana zero 2 a mi padre. Me gustaría ser el padre de mis padres y perderlos algún día en mi memoria y no saber nunca su final.

No está nada mal el final de esos miles de poemas que escribe la juventud donde messi y yo despertamos sin piernas en camas separadas, en un hotelucho.

La sucesión de inocentes honrados y más inocentes honrados que siempre quieren más y quieren llegar más lejos que nadie, y tienen sus razones y no paran de escribir novelas, es un puto bucle.

Siempre quise tirarme de la casa del árbol y, durante la caída, jugar con las vidas de todos; llegar al suelo, y a las dos semanas comerme un juicio genial, elegante, justo.

Tuve parejas jodidas, incluso desconectadas de la máquina de respiración o que no eran necesariamente hologramas; parejas que tenían iniciales misteriosas, y me llamaban cabezacubo o *neverending nightmare*. Ni siquiera sé si eso es posible.

De niño quería ser genocida. Más tarde, alguien restauró mi esencia, y ya deseé, a tope, ser destructor de galaxias y mundos.

Siempre que mi madre me abre la puerta de la casa de calzadilla le digo mi momento ha llegado.

A veces me creo el cid dentro del drogas, nadie lo sabe.

Adoro que haya espacios en blanco para las fechas. Es algo mágico, poderoso y muy ambicioso.

Adoro esa gente con cara de sueño que se quedan un rato más en la cama.

Adoro besar a mi madre con el *soundtrack* de *god of war* de fondo.

Martha Luisa Hernández Cadenas

(Guantánamo, 1991)

Tornado

A Manuela

El 27 de enero de 2019 un tornado categoría EF4 azotó la isla de Cuba. Los tornados son fenómenos naturales difíciles de predecir. Lo único que dejan a su paso es el desastre. Se hace obligatorio reconstruir lo que el tornado ha tomado, el procedimiento puede ser la resiliencia, aprender de la pérdida, de su caótica inmanencia. Esta obra es el caos, un caos que se traduce en una familia y que transpira en las úlceras de una isla interesada en la cosmetología. No sé quiénes padecen más los tornados, si el suelo, la atmósfera o las personas que ven difuminarse el mundo en apenas unos segundos. El 27 de enero de 2019 un tornado categoría EF4 azotó la isla de Cuba y el acontecimiento no debería ser teatro, pero no sé qué otra cosa hacer con el dolor padecido, con los restos que dejó el torbellino, con la sensación de lo incurable. Esta obra no documenta ningún incidente real.

Los que hablan en *Tornado*

Resiliencia

LA ISLA
 TERCERA VÉRTEBRA
 QUINTA VÉRTEBRA
 MASAJISTA POLACA
 MASAJISTA SOVIÉTICA

Torbellino

MANUELA	DIXIE
ARÍSTIDES	DRINKI
ESTEBAN	BOMBERO 1
CLAUDIA	BOMBERO 2
ARTURO	
CARLITOS	

Resiliencia

Un tornado categoría EF4 pasó por la isla y La Isla se resiste a creerlo.

LA ISLA. Yo no sé por dónde empezar. Todo en mí se niega a empezar. Escribir el principio con los codos y las rodillas. Esto lo escribo con los tobillos y las vértebras. Mi Tercera Vértebra posee una mejor caligrafía. Mi Quinta Vértebra exhibe su ortografía lírica. Viajábamos en un ómnibus que se partió por la mitad. Viajábamos en un cohete que se reventó contra una noria. Era una expedición marítima fallida. Teníamos enfermedades, nos brotaban burbujas e impétigos, quienes han vivido tanto en una isla se adaptan a la humedad, sobreviven como pueden con una epidermis contagiosa.

Cómo se piensa en medio de la catástrofe, me pregunta la Masajista Soviética que, sentada al lado de la Masajista Polaca, consulta emocionalmente en el *spa* de mi mejor amiga. La masajista soviética nunca moraliza su construcción de un final feliz. Pregúntame sobre los finales felices, no me preguntes sobre los finales tristes, le digo. En el salón se respira novedad y buen gusto, hay revistas para hojear y tatuadoras de párpados. Nos alimentamos de la belleza que es una línea negra en los ojos. La belleza quita el hambre, me digo. Pregúntame por la belleza, masajista, voy a escribir con mi vértebra sobre eso. Viajábamos en un tiovivo y nos estrellamos contra un carro de bomberos. Necesito un masaje.

Los hongos cutáneos que causan picazón e hinchazón son los que me salen, si no me relajo. Nos estrellamos contra un peñasco, un astillero y la cruz de madera de una iglesia. Un viaje es el principio del caos y yo no sé contar el principio, ese es mi defecto histórico. Por eso me vine este lunes al *spa*, hojeé las revistas y escuché atentamente a las masajistas. Yo estaba ahí, en el paraíso cosmetológico, estaba tranquila, sin cuestionarme nada, pensando en la poesía y las cremas faciales, cuando me di cuenta de que algo había pasado. Un tornado, le dice una a la otra, un tornado de verdad lo jodió todo, mató a gente, reventó casas. ¿Dime si esto no es una maldición, masajista? ¿Cuándo me hablabas de catástrofe era algo serio? Quise curarme el dolor enraizado, pronunciar una oración cosmogónica para acabar con la miseria. Quise tener un final feliz, pero el principio se escribe automáticamente, sin terceras ni quintas vértebras, un hueso rompe la carne y empieza a escribir. Estoy sentada en un *spa*, imaginándome cómo fue el antes del caos, el domingo antes del EF4. Dejándome tatuar los párpados sufro por los otros. La sensación es terrible. La vista se te pone negrísima y engeguécida por la belleza, lloras lágrimas negras.

Torbellino
28 de enero de 2019 – 00:35:22
Un cuerpo dentro del tornado.

MANUELA. Sin escapatoria, algo desgajándose más allá de tu calcio, paredes enterrándose sobre tu cuerpo y tú cayéndote sobre esas paredes. Te viene encima el mundo. Te sientes como una hormiga pisoteada, te arrancan la cabeza y las patas, no puedes huir. En mi casa somos cuatro. Todos sobreviven, menos yo.

Ese domingo preparé un pollo con ajo y mucha sal. En la casa a todos les gusta la comida salada, aunque sea muy mala para mi salud, yo los complazco. Nos chupamos los dedos, les tiramos los huesos a los perros, los tres perros de la casa, Malú, Dixie, Drinki; pero los perros por primera vez no quieren huesos. Mi perra es Malú, los otros dos son de mis hijos, Esteban y Arístides. Y mi otro hijo, Arturo, que vive al lado, también tiene un perro, es un perro de pelea. Arturo no me habla desde hace ocho años, nos decimos únicamente lo necesario, a veces pego el oído en la pared para escucharlo vivir.

Del domingo recuerdo una conversación de Esteban, mi hijo mayor, con Claudia, mi nieta. Claudia le esconde cosas a Esteban. La he visto con su novio, el más chiquito de América. Escuché unos gemidos que venían del trillo, me acerqué y aunque vi a Claudia, ella no me vio porque tenía los ojos cerrados. Todo eso fue hace unos meses. Por el día, Claudia y yo nos quedamos solas en la casa y nos lo decimos casi todo. Claudia no quiso coger una carrera, el más chiquito de América, que yo sepa, nunca ha estudiado nada.

Esteban no sabía de esto, no sabía que Claudia había estado en el trillo, mucho menos que se metía en casa de América todas las tardes y América le cogió cariño porque la niña es hacendosa. Ese domingo, Esteban acaba de enterarse de que son novios. La niña ya está grande, no tiene que pedir permiso, pero Esteban es ridículo, es una fiera. Para él eso es traición. A esa hora no sabíamos que todo eso carecería de importancia.

Miro a Arístides, el del medio, y me pongo a llorar. Ese es mi hijo más frágil. Flaco, con el cigarro en la mano, tiene la camisa llena de huequitos por el cigarro que le quema la tela y que provoca incendios microscópicos. Siento que soy uno de los agujeros de sus camisas, que desaparecí en un agujero así. En el Servicio Militar me lo hirieron en una prueba, era un niño. Arístides tiene una bala en la cabeza que va con él a todas partes, de mi familia es el que se queda más solo. En lo único que pienso, ahora que no estoy, es en Arístides.

Torbellino

27 de enero de 2019 – 12:10:23

La casa de Manuela es una casa pobre, pero espaciosa, parece una casa segura, aunque sea evidente que se ha ido recomponiendo por trozos y que sus paredes se repellaron múltiples veces.

ARÍSTIDES. Cómprame cigarros.

MANUELA. Hoy no pienso salir de aquí, coge el dinero de la gaveta y ve tú.

ARÍSTIDES. Allá al lado se gritaron cosas feas y yo sé por qué.

MANUELA. ¿Por qué, chismoso?

ARÍSTIDES. No te lo voy a decir, Malú no paró de ladrar en toda la noche.

MANUELA. Se habrá asustado con algo. Cómprate los cigarros más baratos.

CLAUDIA. Abuela, dile a Arístides que no fume más encima de mi cama. Me le abrió huecos a la sábana de nuevo.

MANUELA. ¿Por qué entras al cuarto de la niña con el cigarro?

ARÍSTIDES. Mima, ese era mi cuarto.

CLAUDIA. Tío, no vuelvas a entrar a mi cuarto fumando, no te lo voy a decir más.

MANUELA. Hoy es domingo. Quiero paz en la casa.

CLAUDIA. Allá al lado discutieron muy feo ayer. La mujer de mi tío daba unos gritos.

MANUELA. Yo no oí nada.

CLAUDIA. Tú lo oyes todo, mima. Parece que mi tío está pegándole los tarros.

ARÍSTIDES. Eso es verdad. Arturo me dijo...

MANUELA. ¿Te vas a ir a comprar los cigarros o vas a seguir en el brete?

ARÍSTIDES. Es que mi hermano me dio diez pesos la semana pasada y me dijo que tenía una novia jovencita, que estaba riquísima, me enseñó una foto de su móvil. Arturo dice que ahora sí está comiendo bueno.

MANUELA. Cállate la boca y acaba de salir a comprarte los más baratos.

Arístides sale de la casa.

CLAUDIA. Me hubiera gustado conocer a mi tío antes, no sé, antes del accidente.

MANUELA. Para mí sigue siendo el mismo. Es el mismo, pero con ideas en su cabeza que le hacen confundirse.

CLAUDIA. Dice mi papá que era diferente, que era un hombre como otro cualquiera, ahora parece que está en las nubes. Voy a sacar a las perras. No soporto los domingos, mima.

MANUELA. Todos los domingos son iguales. Voy a cocinar el pollito como les gusta, aquí todo el mundo durmió todo lo que quiso hoy. Claudia, ponme una musiquita bonita antes de salir.

Claudia enciende el equipo, selecciona una carpeta que se llama ABUELA, se escucha a Elena Burke cantando "De mis recuerdos". Manuela tararea mientras pica el pollo.

Torbellino

27 de enero de 2019 – 19:45:12

La mesa está servida.

ESTEBAN. Qué rico te quedó el pollo, mima.

MANUELA. Esto es puro colesterol, no le quité el pellejo por Arístides.

ESTEBAN. A mí también me gusta así, tiene mejor gusto.

CLAUDIA. Papi, tengo que decirte una cosa.

ESTEBAN. ¿Qué cosa, mariposa?

CLAUDIA. No te vayas a poner bravo, es una bobería.

ESTEBAN. Ya empezamos mal.

MANUELA. Mijito, deja que la niña hable.

ESTEBAN. ¿Tu abuela sabe cuál es la bobería que me quieres contar?

CLAUDIA. Nada, no es nada, es una bobería de verdad. Es que Carlos y yo somos novios.

ESTEBAN. ¿Quién es Carlos?

CLAUDIA. Carlitos, el hijo de América.

ESTEBAN. ¿El personaje de Carlitos? ¿El de la esquina? De ese estoy oyendo yo hace años.

MANUELA. El chiquito no es un mal muchacho, Esteban, siempre lo veo haciendo cosas. Él hace eso de alquilar películas. Es tranquilo.

ARÍSTIDES. Voy a llevarle los huesos a los perros. Aquí hace calor.

ESTEBAN. Claudia, ven acá, aclárame algo, ¿se hicieron novios de un día para otro?, ¿yo fui el último en enterarme? Dime para saber.

CLAUDIA. Papi, es que tú te pones así siempre, fue poco a poco, nos enamoramos y ya.

MANUELA. Allá al lado hay bronca todo el tiempo, vamos a conversar tranquilos. Esteban, la niña no ha hecho nada malo. Ella tiene dieciocho años y bastante que cuenta con su familia.

ESTEBAN. Conmigo no contó.

Tocan a la puerta. Es Carlitos. Carlitos usa un perfume escandaloso.

CARLITOS. Buenas noches. ¿Puedo pasar?

MANUELA. Claro, mijo, iba a colar un cafecito.

ESTEBAN. Buenas.

CLAUDIA. Ven, siéntate aquí.

ESTEBAN. Entonces...

Arístides regresa con el cigarro apagado, el cigarro en su mano suelta un humo exageradamente intenso.

ARÍSTIDES. Los perros no quieren comer. No paran de ladrar. Me voy a volver loco.

MANUELA. Esos perros se asustan con cualquier cosa.

ESTEBAN. ¿Cuántos años tú tienes, Carlos?

CARLITOS. Tengo veintiuno. Dice mi mamá que les manda saludos a todos.

Entran los perros a la casa armando un alboroto, los tres perros ladran cada vez más fuerte. No saben por qué, pero Manuela y Arístides empiezan a reírse, después Claudia y Carlitos, todos se ríen, menos Esteban. Los perros ladran como locos y dan vueltas por los asientos y la mesa. Los perros se mueven frenéticos. Menos a Esteban, a todos les parece una escena graciosa.

Torbellino

26 de enero de 2018 – 11:00:30

Arístides y Arturo conversan fuera de la casa de Manuela.

ARÍSTIDES. Arturo, tú estás gordo.

ARTURO. Oye, deja la gracia. ¿Y Manuela?

ARÍSTIDES. Anda cocinando algo, como siempre. Necesito comprar cigarros.

ARTURO. Eres una máquina de fumar.

ARÍSTIDES. ¿Y tu novia?

ARTURO. Bajito, compadre.

ARÍSTIDES. Y...

ARTURO. Bueno, mira qué clase de rubia.

Arturo le muestra una foto en la pantalla de su móvil.

ARÍSTIDES. Se parece a Rebeca Martínez.

ARTURO. Qué va a parecerse esto a la flaca mala esa.

ARÍSTIDES. Se parece.

ARTURO. Coge.

Arturo le da un billete.

ARTURO. Déjale el vuelto a Manuela para que compren comida en la casa.

ARÍSTIDES. ¿Por qué no se lo das tú?

ARTURO. Yo no le hablo.

ARÍSTIDES. Mima te extraña. Yo te juro que no le voy a decir nada de Rebeca ni a ella ni a Esteban que está pesado.

ARTURO. Me vas a meter en una clase de lío con la lengua esa. ¿Y la camisa que te compré? Andas como un pordiosero, viejo. Manuela no te puede vestir mejor.

ARÍSTIDES. Rebequita, tu novia, es la que me va a vestir a mí.

ARTURO. Compadre, dale, anda.

*Arístides camina muy rápido. Arturo mira la foto de su amante.
La mira por un rato largo, hasta que entra a su casa.*

Torbellino

27 de enero de 2019 – 20:32:05

Sonidos enrojecidos. Sonidos púrpuras. Sonidos negros, grises y eléctricos. Una avalancha de estruendos: el motor de un avión que cae infinitamente, denso, pincha la superficie, los motores de aviones que se precipitan sobre el suelo como gotas de lluvia. Todo se hace chillido. La casa chilla sobre sí misma. Chillan los postes y los autos y el suelo. Todo chilla cuando se va la luz. Todo chilla entre el cielo y la tierra. El mundo empieza a abrirse por el centro y nos raja las entendederas. Se desprende del suelo la pared. Te quedas parada en el centro de la casa. Abres la boca y también tú te elevas con los escombros y los restos de vida móviles por la bola roja acelerada. Una bola de fuego y golpes estridentes. Cientos de toros rojos en una corrida. Así debe escucharse la guerra, te imaginas que suena así, esto es peor que un huracán. Te dirán que es un fenómeno natural. El embudo chirriante se detiene sobre tu casa. Un campo electromagnético. No te puedes agarrar de nada. Eres tú y la rabia de un vórtice rompiéndose sobre tu córnea. Te elevas como tu casa. En unos segundos, desapareces. Fueron unos segundos de sonidos enrojecidos que repetirás infinitamente tratando de comprender los hechos. Dando giros aéreos, confundido con todos los objetos, piensas si visitarás un lugar más allá del arcoíris. En eso piensas mirando por encima de tu casa al tornado, enfrentándote a él sin decir una palabra.

Torbellino

27 de enero de 2019 – 23:50:20

La casa de Manuela no existe. El ambiente general es el de la devastación. Carlitos alumbró la escena con su móvil. Todo está en penumbras. Dixie y Drinki han huido. Dixie y Drinki aparecerán dos días después del tornado, llegarán a lo que era su casa dando alaridos eufóricos a causa del hambre. Malú no aparecerá nunca más. Arístides está acostado boca arriba, las losas con arabescos pesan sobre su espalda; el olor a remolino, la sensación remolino, empujándolo en el suelo. Ahora se

escuchan sirenas de bomberos y policías. Arístides mueve las manos a la velocidad de un tornado. No para de mover las manos a la velocidad de un tornado. Claudia está arrodillada junto a Arístides con la lámpara de su móvil activa. Arístides desvaría hace horas. Carlitos inspecciona la casa, valora los daños, saca conclusiones, usa una linterna de su llavero. El perfume de Carlitos tiene muy buen fijador. Claudia prefiere no pensar demasiado en los hechos para no llorar.

ARÍSTIDES. Compañero militar.

CLAUDIA. Tío, vamos con nosotros para casa de América. Esperemos allá. Hay que moverse para allá. Todos están buscando a mima. En la casa de Arturo no hay nadie.

ARÍSTIDES. Nos preparan para salir a un ensayo militar. Llevaba dos semanas sin salir de pase. Compañero militar. Míreme a los ojos. Mírame a los ojos. Yo no me quedo callado. Tú sabes, a mí me metieron en un calabozo.

CLAUDIA. Arístides, vamos.

ARÍSTIDES. Y dice que no se puede dejar la posta, que hay que estar en la posta y aguantar el arma.

CLAUDIA. No sé qué hacer. Le hablo y no me responde. No sé qué hacer. Mi papá se está demorando mucho. Arístides, párate, vamos.

Claudia se levanta y se acerca a Carlitos. Carlitos ya tomó decisiones.

CARLITOS. Coge toda la ropa tuya, mete toda la ropa en una bolsa y llévatela. A ustedes los van a albergar porque esto es daño total, esto no es derrumbe parcial. Hay que estar claros cuando pregunten qué pasó, describir exactamente cómo fue, lo que vimos, lo que no vimos. Yo te puedo ayudar. Mira, la cama tuya está intacta. Hay que llevarla para casa de mi mamá, decimos que nunca estuvo ahí. Los de comunales deben estar más cerca y es mejor si no la ven. Yo sé lo que te digo. Tranquila, todo va a estar bien. En mi casa te puedes quedar tú, esa es otra opción. Manuela va a aparecer, pero no hay que perder tiempo.

ARÍSTIDES. Y dice, compañero militar, firme. No me van a dar pase. Si te vas de la posta, te vas. Compañero militar.

CLAUDIA. Tío, recoge, vamos, ayúdame. Vamos a esperar a Esteban en casa de Carlitos.

Arístides mueve los brazos a la velocidad de un tornado. Claudia camina hasta algo que fue su cuarto, que mucho antes fue el cuarto de Arístides, empieza a recoger zapatos, ropas, todo está arremolinado, mojado. Carlitos se le queda mirando fijo a Arístides. Claudia llora con levedad.

CARLITOS. Seguro aparece, asere, no te fundas. ¿Quieres fumarte uno de estos? Yo tengo cigarros buenos. La abuela de Claudia es inteligente, a lo mejor anda por ahí, debe estar accidentada o algo, no pensemos más de la cuenta. Párate del piso. Ayuda a sacar las cosas. ¿No quieres fumarte uno?

Arístides mueve los brazos a la velocidad de un tornado y cuenta cómo empezó todo, aún sin emitir ningún sonido, sin conocer las palabras. Carlitos pone la luz de su celular sobre los ojos de Arístides. Arístides no percibe la amenaza de esa luz, no sabe lo que ha sucedido.

Resiliencia

La resistencia de La Isla produce un tema para Tercera Vértebra y Quinta Vértebra.

TERCERA VÉRTEBRA. Pasa y agujerea. Crack. Crack. Crack. Gelatinosa vértebra, me digo, para qué escribes todo esto, para qué empezaste con esto.

QUINTA VÉRTEBRA. Periodistas, policías, criminalistas, fotografían las calles, los daños, los restos. Pronto pasará la catástrofe y se quedarán sin melanina. Se quedarán sin ilustración. El peso horadado del testigo.

TERCERA VÉRTEBRA. Si se quedan sin melanina, se quedan sin final. Tus crónicas sobre la catástrofe son mala poesía. No hay que usar esa palabra para todo lo que suene como calcio.

QUINTA VÉRTEBRA. ¿Qué es un final?

TERCERA VÉRTEBRA. Crack. Crack. Crack. La carne se abre liviana. Me salgo y escribo. No pienso en el final antes de pensar en el principio. Es una regla básica, anatómica.

QUINTA VÉRTEBRA. Me digo a mí misma, ¿qué hacer con los hechos?, ¿qué hacer con las donaciones?, ¿cómo clasificarlas?, ¿colchones?, ¿frazadas?, ¿ropa de bebé?, ¿calzado de mujer? Usemos algún método internacionalmente probado, un método científico.

TERCERA VÉRTEBRA. Por tallas, color, estilo, según la hipérbole y la metáfora y la lexicografía. Por talla. O hacemos una tabla en Excel y ponemos ahí una data. No seamos unas huesudas, ordenemos esto por el medio.

QUINTA VÉRTEBRA. La Isla es mala con el principio, aburrida con el medio y pésima con el final.

TERCERA VÉRTEBRA. Ya le rajamos la carne a La Isla, avancemos nosotras en esto. Es decir, organizar una estrategia de divulgación y promoción. ¿Podríamos usar el testimonio de una niña? Para empezar, prologar la catástrofe con la voz de una niñita que lo haya perdido todo.

QUINTA VÉRTEBRA. Una niña de cuatro años. Su voz en off y en un papel dibuja una traducción del fenómeno con colores.

TERCERA VÉRTEBRA. Mala poesía. El epílogo es la misma niña, mirando a cámara. Cada palabra que pronuncia es una palabra que traduce la velocidad del fenómeno.

QUINTA VÉRTEBRA. Perdóname, eso no es un final. Piensa en todo lo que la niña no es. Mientras está rayando y dando colores al fenómeno hay algo, si mira a cámara, no dice nada, es puro fetichismo. Tienes un referente demasiado pajuato, mojigato, soso.

TERCERA VÉRTEBRA. Yo puedo filmar ese final. El final puede ser una exploración sonora. La niña hace el ejercicio de reproducir el sonido del fenómeno. En un primer plano, la niña describe el recorrido del fenómeno, hasta que le salen lágrimas.

QUINTA VÉRTEBRA. No me parece. Falso.

TERCERA VÉRTEBRA. Hay que cerrar con una imagen que después pueda sustituir la catástrofe. Para que el espectador recuerde la catástrofe no hay que mostrarla. Es decir, que se recuerde el lagrimón de la niña y no la devastación.

QUINTA VÉRTEBRA. Tengo ganas de vomitar. Crack. Crack. Crack. Leí que existen toda clase de huesos rotos. Fracturas y partiduras, pegarán huesos sobre huesos, sobre crack, sobre metal. La Isla quería que ordenáramos los hechos. Y aquí no hay hechos, todo se junta como una melcocha de accidente televisivo.

TERCERA VÉRTEBRA. Empecemos por entender el tiempo, qué hubo antes y qué hubo después, qué se quemó antes y qué se quemó después. Tratemos de rastrear con exactitud qué sucede y cómo.

Torbellino

Mientras el cuerpo es arrastrado por EF4, el cuerpo hace preguntas.

Manuela ha sido arrastrada por el tornado. No hay manera de describir cómo sucedió. El tornado estaba ahí y en unos instantes Manuela se levantó del suelo y se vio arrastrada por una fuerza desconocida.

MANUELA. ¿Cómo te formaste?

¿Cómo llegaste aquí?

¿Por dónde entraste y por dónde saliste?

¿A qué hueles?

¿Por qué hueles así?

¿Cuánto dura tu olor?

¿A qué velocidad me muevo?

¿A qué altura me muevo?

¿Te gustan estas cosas?
 ¿Las necesitas?
 ¿Para qué las necesitas?
 ¿Por qué no me respondes?
 ¿Eres sordo?
 ¿No quieres escucharme?
 ¿Sabes que soy un cuerpo?
 ¿Qué soy para ti?
 ¿Podemos volver?
 ¿Para qué me necesitas?
 ¿Me necesitas?

Entre todas las cosas que podías arrastrar, por qué escoges llevarme a mí.

Resiliencia

La Isla padece de un vacío inexacto.

LA ISLA. Cualquier acción sobre el impétigo, cualquier unguento sobre la carne viva, cualquier bálsamo que me unte, no me ayuda. Ha crecido el marabú sobre mi epidermis. Viajábamos en patines y se nos reventaron los tobillos. Era una expedición solemne y nos contagiamos de la peste. Seguíamos una ruta en almendrones y nos atragantamos de lava bubónica. Arrastrábamos piedras del cobre y se nos hicieron quistes.

Intento relajarme, masajista, lo intento, aunque la Tercera Vértebra se me sale. Masajista, sigue la leyenda del EF4 y encontrarás el desastre reflejado en tu córnea. Donde más me duele, ahí, ahí donde me arrebató de picazón el impétigo. Cuánto más crece el ardor más conmovida me siento, más comprometida con los hechos, más necesitada de tus manos, Masajista Soviética. Me arrebató, me pongo mal, se me enquistan las burbujas, me tengo que dar uña en la erupción. Cuando vives en una isla, usas las uñas para aliviar. Viajábamos en un helicóptero y chocamos contra una presa de agua estancada. Íbamos de la mano y nos saltaron encima macaos e iguanas salvajes. Lo que no se alivia con la uña se te pudre dentro.

Cuando te brotan celulitis es así de sencillo, de isla a archipiélago, a pliego terrestre, a tierra insufrible, a suelo craquelado. Me reventó el accidente hasta sacarme todo el pus del alcantarillado. La Masajista Soviética se especializó en eliminar celulitis, y así me quitó un poco de agotamiento de encima, me alivió la tristeza y la vaginitis de isla. Porque con la lástima no se avanza. Mi Quinta Vértebra es solidaria, escribe sus primeras narraciones sobre la casa, la casa y la casa. Hablemos de los perros de la casa. La rabia emperrada de los hijos de La Isla me causa tumoraciones. Son ellos, mis hijos, los que provocan las catástrofes.

Mi Tercera Vértebra es humanitaria. En estos casos hace falta entereza, buen gusto con los donativos, una campaña multitudinaria, pozuelos con comida, mochilas con esparadrapos y gasas, terapia, mucha terapia, algo que amortigüe la densidad de la pérdida.

La Masajista Polaca se especializa en la terapia de uña. La Masajista Soviética usa pegamento para que las uñas postizas puedan pintarse. Se derrama el esmalte de uña sobre mis ojos, mis párpados tatuados, un desastre, esto es el desastre del que quiero hablar al final. La revelación del esmalte de uñas cuando los reportajes me ensordecen. No me quedan bien los finales, ni me preguntes por el antes o el después; son los hechos, me digo, lo que cuenta. En donde la picazón se me revienta, ahí, úntame un principio lindo, no esta agonía aletargada. Lo aguerrido del bálsamo es su ineficiencia.

Lanzan comida desde los autos, se arremolinan encima de los camiones de hamburguesas, nos arrebatan las botellas de agua, son unas bestias. Veo a mis hijos matándose por la comida. Y yo aquí, con mi Tercera Vértebra cuestionándome el final. Tomando infusión de mangle rojo, con mi Quinta Vértebra destacándose, planteándose las consecuencias del EF4, leyendo entrelíneas el *Noticiero Nacional de Televisión*. Dejo que la Masajista Polaca se gane su salario y que Tercera Vértebra le de voz a los perros. Dándome uña roja en las llagas veo pasar el tiempo, segundo por segundo, y no me aburro, me pica y me arde.

Torbellino

27 de enero de 2019 – 23:00:20

El desastre, en medio de la calle, se exhibe como el final de todo lo conocido.

ESTEBAN. Me tienen que ayudar con esto, qué van a hacer.

BOMBERO 1. Estamos en todo, vamos a encontrarla. Tiene que tranquilizarse.

ESTEBAN. Mi madre salió disparada de la casa, cojone, qué hacemos.

BOMBERO 1. Mire, ahora tiene que estar tranquilo, hay muchas personas accidentadas. Vamos a encontrar a su madre. Hay bomberos y médicos por todo esto.

ESTEBAN. La hemos buscado y no aparece.

El Bombero 1 está levantado una pared con ayuda de otro —acaban de volver del hospital materno, no están exhaustos—. Junto a ellos, eléctricos también recogen el cablerío del tendido eléctrico. Están muy ocupados.

ESTEBAN. A quién le tengo que decir que esto acaba de pasar delante de mi cara, que acaba de pasar y que hay que hacer algo ahora mismo, no mañana, ahora mismo. Manuela Hernández acaba de ser arrastrada por un tornado y no sé para dónde coño se la llevó. Todo pasó de repente, ¿entiende? Puede estar en la calle, puede estar en un árbol, puede estar muerta, ¿entiende?

BOMBERO 2. Yo entiendo, hay una unidad de salvamento y rescate que está operando por esta área. Puede estar hospitalizada ya. No se preocupe, seguro sufrió algún daño y está hospitalizada.

ESTEBAN. ¿Cómo cojones no me preocupo?

BOMBERO 1. Ciudadano, por favor, cálmese. Voy a ir con usted a su casa. Présteme una linterna de las grandes. Vamos juntos y tratemos de averiguar si se sabe de ella. Podemos ir a la unidad, cálmese.

ESTEBAN. Es que no entiendo.

BOMBERO 2. La vamos a encontrar. Yo le doy mi palabra de que va a aparecer sin un rasguño.

ARTURO. Yo voy con él, yo también soy hijo de Manuela.

BOMBERO 2. Vayan a la estación hagan la denuncia.

ARTURO. Mi hermano lo hizo ya. Han pasado unas horas y todavía nada. Necesitamos que nos ayuden.

ESTEBAN. Vamos a la estación de policías de nuevo, vamos a ver si algo apareció.

Estaban y Arturo caminan como locos. Es la primera vez en mucho tiempo que caminan como hermanos.

Resiliencia
EF4 spa

MASAJISTA POLACA. ¿Te duele?

MASAJISTA SOVIÉTICA. Ni un tantico así.

MASAJISTA POLACA. A mí tampoco. A mí me punza el oído interior.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Eso afecta el equilibrio, la movilidad.

MASAJISTA POLACA. Mira estos diseños de casa ecológica.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Son muy lindos.

MASAJISTA POLACA. Estos son diseños para muebles hechos con materiales reciclados.

MASAJISTA SOVIÉTICA. ¿Podrías ayudarme con las pestañas? Me pica mucho el ojo derecho.

MASAJISTA POLACA. ¿No te habrá contagiado La Isla de algo? Mírale las uñas de los pies.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Inmóvil.

MASAJISTA POLACA. Demasiado inmóvil.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Tiene un hongo.

MASAJISTA POLACA. Es un problema el hongo.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Mejor no se lo decimos.

MASAJISTA POLACA. Le decimos que se alivia solo. Con un tratamiento a largo plazo. Le vendemos un paquete de tatuaje de cejas, uñas y antihongos.

MASAJISTA SOVIÉTICA. A La Isla le hace falta comprar un paquete para que no sea desproporcional su dolor con relación a su imagen.

MASAJISTA POLACA. En estos casos catastróficos, prefiero mantenerme al margen, hablar de cualquier cosa menos del asunto. No soporto la miseria, mucho menos, la muerte.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Eres cínica y búlgara.

MASAJISTA POLACA. A mí tampoco me duele. Ni a La Isla le duele.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Obvio que no te duele. Eres una masajista. Y las masajistas sabemos atenuar los accidentes distendiendo el dolor del dolor.

MASAJISTA POLACA. El dolor es mental, obvio.

MASAJISTA SOVIÉTICA. El dolor de La Isla es mental, su inercia, su hongo, su asqueroso hongo.

MASAJISTA POLACA. Pobre, le vendemos el paquete completo, con un descuento. Le hablamos de la crema de caracol africano, del tornado de 1948, para que se le reviva un dolor pasado, algo así como una guerra de diez años o una tregua fecunda. Una Revolución es un tornado.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Obvio que le va a doler porque no le interesan los hechos. Le interesan sus vértebras de isla y su estilo neobarroco latinoamericano. ¿Quién le dice que se le mancharon los ojos para siempre? Se le quedó un halo negro en la córnea.

MASAJISTA POLACA. Se quedó ciega La Isla. Eso me parece, que es débil visual o poeta o tonta.

MASAJISTA SOVIÉTICA. Alcánzame la máquina para arrancarle los pellejos del pie. Vamos a quitarle los pellejos a La Isla para aliviarla.

MASAJISTA POLACA. ¿Quién le dice sobre los hongos?

Torbellino

26 de enero de 2018 – 11:35:30

Manuela pega el oído a la pared que separa su casa de la de Arturo. Arturo le da de comer a su perro de pelea. Arturo está mirando algo en la televisión. Manuela piensa que le habla a su hijo a través de la pared. Arístides entra y ve a Manuela haciendo un ejercicio de escucha. Arístides enciende un cigarro. Manuela sabe que Arístides ha entrado;

también sabe que está inquieto. Si hay algo que mencionar de este día y esta hora es que el calor es tedioso y denso como una melcocha de caramelo que se ha pasado. En la cocina, se quema el azúcar prieta para el molde de un flan que nadie se va a comer.

Torbellino

31 de enero de 2018 – 11:11:22

Donde antes estuvo la casa de Manuela, Arturo trata de recordar quién era.

ARTURO. A veces imagino que me escuchas. A veces pienso que estamos cerca, que me dices algo bien bajito al oído y me hablas desde siempre. A veces recuerdo que nada pasó, no ahora, antes, que no lo hiciste, que decidiste no joderme porque eres mi madre. Pero todo eso lo supongo. No te pregunto nunca más. Lo hiciste igualmente.

En este lugar todo me sucedió. El cuarto de Claudia era el cuarto donde yo no quería estar. Nos han caído veinte años encima. Y al entrar a la casa tengo ganas de que ese tiempo no exista. Pero yo sé que existe, que tiene su peso. Lo que ya no está siempre pesa más y me suceden cosas cuando estoy aquí.

Mis hermanos están durmiendo en mi casa, pensé que no se sentarían a comer en mi mesa otra vez y ahí están, silenciosos, devorándose lo que les sirvo. Les obligué a dormir en el cuarto de la segunda planta y no en esos albergues donde la miseria es demasiado grande. Yo no quiero que cojan las donaciones, no son unos muertos de hambre. Mis hermanos se sientan a comer y se quedan mirando fijo a este vacío donde estuvo la casa. Ayer recogieron los escombros unos niños. No teníamos ganas de ayudar a recoger y no lo hicimos. Yo no quise mirar cómo se llevaban todo. Pensé que no importaba si desaparecía este lugar, esta casa.

No me habla, no me escucha, no sabe que estoy en este cuarto en el que nunca quise estar: miraba al techo tirándome pajas y pensando qué vender. El mismo cuarto que ahora me parece un agujero. Como los huecos en la camisa de Aristides, como los huecos que me parten la cara. Estoy en el lugar en el que crecí y no siento nada porque no hay nada.

Y uno intenta imaginarse en ese vacío, porque el vacío es mental y yo creo que en “el secreto”. Piensa en comprarse una casa mejor, en salir de un país y en separarse de lo que le hace daño. Aquí, en este lugar al que nunca quise volver, me pregunto por mi madre, a dónde se fue y si le dolió algo. Me pregunto por su cuerpo, sus huesos, sus vértebras. Nadie ha encontrado un rastro, vienen y preguntan estupideces y yo quiero que regrese.

En esta habitación en la que no quería estar y pasaba la noche con los ojos abiertos, aquí, en mi colchón de ochenta centímetros, recuerdo que éramos felices, que no estábamos tan solos. Ahora vivimos agujereados como podemos. Nos sentamos a comer a mi mesa, Arístides está inquieto, Esteban me trata raro, Claudia llora todo el tiempo. Si puedes escucharme, no me escuches.

Torbellino

30 de enero de 2019 – 21:20:10

Se escuchan los ladridos de los perros fuera de la casa. Claudia está en la casa de Carlitos, los perros están afuera.

CLAUDIA. Es que Dixie y Drinki no paran de ladrar, Malú no se sabe dónde está. Los perros volvieron, pero no son los mismos. Dice tu mamá que los perros saben más que nosotros de todo.

CARLITOS. Están vivos, eso es lo que importa. América es así.

CLAUDIA. Manuela no aparece en ningún hospital. Nadie sabe nada. Yo espero lo peor. No sé ni qué espero.

CARLITOS. ¿Tú crees que se fue volando con el tornado ese?

CLAUDIA. Esto no es una película, Carlitos, es mi abuela.

CARLITOS. Ayer tuve un sueño extraño. No sé, la vi a ella en el aire y ella le preguntaba cosas al tornado y el tornado le respondía que todo estaría bien, que ustedes estarían bien.

CLAUDIA. No estamos bien, no tenemos casa, no tenemos nada. ¿Tú crees que estamos bien?

CARLITOS. Yo sé lo que quiero decir, Claudia. Nada, tu familia está junta, al menos no se han tenido que ir para un albergue, no sé. Arturo se ha portado súper bien.

CLAUDIA. Es que los perros no son los mismos, mi cabeza no es la misma, ya no tengo nada. Tú le viste la cara a mi papá y a mi tío, a Arístides lo cuidaba Manuela, yo lo veo tan mal desde esa noche. Yo no puedo más. A mima le pasó algo muy malo, yo sé, puedo sentirlo.

CARLITOS. Mira, no pasó nada que pudiéramos cambiar. Ese es el lío, que no podemos hacer nada. Mejor pensar en otra cosa.

Claudia le da la espalda a Carlitos y como si repitiera los gestos de Manuela sale con dos cacharros muy hondos llenos de comida.

CARLITOS. No te conté el final del sueño.

CLAUDIA. Ay, Carlos.

CARLITOS. El tornado hablaba, le hablaba a Cuba; a ver, como si fuera una batalla o algo fantástico y Cuba le respondía incoherencias al tornado. No sé. Como si todo sucediera en la antigua peluquería, donde trabajaba mi mamá.

CLAUDIA. No entiendo.

CARLITOS. Nada, no me acuerdo bien. Manuela salía como bailando y Malú jugando con ella.

CLAUDIA. Dixie y Drinki tienen tanta hambre.

CARLITOS. Oye, tu tío Arturo dice que vayamos a comer para allá.

CLAUDIA. Es como si nunca hubiera pasado nada entre ellos, como si Arturo y mi papá nunca se hubieran fajado.

CARLITOS. Las familias son así.

CLAUDIA. Por qué el nombre de mi abuela no aparece por ninguna parte, no está en ninguna parte. Nadie sabe nada.

CARLITOS. Va a aparecer.

CLAUDIA. Lo perdimos todo.

CARLITOS. ¿Qué es todo?

CLAUDIA. No sé.

CARLITOS. Tu tío Arturo me está llamando al móvil. Deja los perros aquí, tranquilitos, que están demasiado inquietos.

CLAUDIA. Estos perros van, a donde yo vaya.

Resiliencia

Debí escribir un poema, no volveré a ser yo.

LA ISLA. Hasta este punto había intentado no partirme en dos el cuerpo. Me desgarré y mutilé muchos siglos atrás; pero intenté hacerlo despacio, evité dejarme la carne descubierta en toda su acidez. Me siento ácida cuando mi cuerpo siente asco. Me siento ácida cuando lo salado se me desparrama dentro. Soy ácida cuando llega el final y me voy a quedar ácida, porque soy ácida como un terruño de acidez que debe sobrevivir al final y al final.

Presiento que no seré la misma, tendré escaras, estaré agujereada, se me oxidará lo que nombraron tornado y el efecto tornado y la edad tornado. No seré la misma tras la secuela. Tampoco seré la misma tras el desgaste de un tanque de hierro que cae sobre mis rodillas, desde una altura de cien metros. Soy una isla chea. En un *spa* intenté quitarme toda la chealdad de lo terrible, pero no se me quita el ácido, cuánto más lo intento, más tarde en venirme.

Huracanes, ciclones, accidentes, choques, camiones, incendios, hundimientos, fracturas y multiataduras. Me han desgajado, desguabinado. Escupo desde dentro un pánico infantil por no pertenecer, no pertenecerme ni en broma ni verdaderamente, me excito y me aburro. A la velocidad de un tornado rasgo uñas y ojos y pestañas. Me saco lo negro de isla y no es recurso natural, es mi condición de chapapote nauseabundo; no se puede remediar, soy frígida.

Jugando a creer que existo, me construyo el paraíso en el *spa* de mi mejor amiga. Con el cuerpo hecho polvo no se puede pensar ni sentir. Viajábamos en una bicicleta sin gomas y nos miramos de cerca sin mirarnos. Yo no sé montar bicicleta, era evidente que me partiría en dos la frente, que perdería los dientes, que el hongo y el herpes se foguearían por el final aletargado. Nunca sentí nada. Alguien dice hambre y me parece que habla de mí, de la barbarie, de tanta acidez y sal y desgarramiento. Me parto en dos.

Torbellino

28 de febrero de 2019 –15:40:18

Arístides fuma un cigarro sobre el terreno baldío en el que antes estuvo su casa. Se trata de uno de esos días nublados, un jueves cualquiera. La calle está más silenciosa de lo habitual, últimamente la calle está muy silenciosa y el sol empieza a ser más insoportable.

ARÍSTIDES. Manuela, ¿te acuerdas? Yo estaba pensando que no me gusta que no estés aquí. No me gusta que no esté la casa. Nada de esto me gusta. Manuela, ¿tú sabes que el compañero militar me disparó entre los ojos? Lo vi apuntándome a la cabeza y me fui corriendo. Esa es la verdad. Mírame la camisa, mírame, mira mi barba. Arturo me cuida, Manuela, Arturo te quiere y tú quieres a Arturo. Arturo me cuida mucho. Esteban siempre está extraño, mastica las palabras, le cuesta soltarlas. Cuando me desperté, lo único que yo quería era correr el tiempo atrás. Quiero hacerlo ahora. Quiero que el tornado no pase, quiero que estés aquí. ¿Eso quieres? Él me miró a los ojos, pero él no era como el tornado, era peor, quería venganza. El tornado no sé lo que busca. El compañero militar me esperaba en la posta. ¿Qué buscas? Te acuerdas que se me fracturaron las vértebras. Mami, ¿me recuerdas? Nos van a dar para hacer la casa, no se sabe cuándo, pero lo harán. Aquí ha venido mucha gente y hemos ido sacando todo. ¿A dónde te fuiste? Estuve unas semanas metido en el calabozo en el servicio, todo antes del disparo. Me quería disparar desde mucho antes. Pero eso no lo sabes. Bueno, ya no lo sabes.

Arístides se queda en silencio y termina de fumarse su cigarro. Su hermano Arturo ha estado espíándolo desde que salió de su casa y volvió a las ruinas de la casa de Manuela. Arístides apaga el cigarro. Mira al cielo. Esteban viene con unas jabas llenas de comida.

ESTEBAN. Arístides, ¿en qué andas?

ARÍSTIDES. Nada.

ESTEBAN. Vamos a seguir, vamos a encontrarla.

ARÍSTIDES. Manuela está bien, Esteban. Manuela está bien.

Esteban mira a Arturo, sabe que ha estado ahí desde antes.

ESTEBAN. ¿Te sientes bien, Arístides?

ARÍSTIDES. Una bala en mi cabeza. Una bala. Dame dinero que me quedé sin cigarros.

Esteban pone las bolsas en el suelo y le da dinero a Arístides. Arístides toma el dinero y se va. Arturo le enseña una botella de ron a Esteban desde la ventana de la casa. Esteban quiere ir a beber con su hermano. Manuela le dijo a Esteban hace casi diez años: Amo esta casa, cuidala como yo. Esteban piensa que dentro de poco levantarán esa casa o que quizás les den otra, todavía no se sabe.

Torbellino final

30 de enero de 2019 – 16:38:44

Dixie y Drinki llegan al lugar donde antes estuvo la casa. No se sabe de dónde vienen los perros. Lo único que escucho es un ladrido intenso que durará doce días, un sonido rítmico y rimbombante como un final.

DIXIE. Hambre.

DRINKI. Mucha hambre.

DIXIE. Más hambre.

DRINKI. Mucha más hambre.

DIXIE. Hambre. Hambre.

DRINKI. Hambre.

DIXIE. Hambre. Hambre. Hambre. Hambre. Hambre.

DRINKI. Mucha hambre. Más. Hambre. Toda el hambre. Me hambre.

DIXIE. Me hambre me hambre me hambre me hambre me hambre me hambre me hambre.

DRINKI. Comida. Co-mi-da.

DIXIE. Jama. Ja-ma.

DRINKI. Papa. Papa. Papa. Papa. Papa. Papa. Jama. Papa. Jama. Hambre.

DIXIE. Bo-niato con caldo de pollo, con huesos de pollo, con pellejos de pollo. Bo-nia-to.

Kristin Dykstra

(Wooster, 1970)

Traducción: Tina Escaja
(Zamora, 1965)

Donde se sitúa un norte. Tras la Gran Depresión, la gente abandonó las ciudades de nuevo en búsqueda de tierra, algunos fueron al norte. Figuras que desaparecieron en las lomas: trasplantes. Pocos lugares en las lomas tienen vista hacia el lago, o vista a otra cosa que no sea la cresta, una corta porción de camino, y el verde. La riqueza de la tierra, sus minerales: ciertas lomas precarias, algunas ricas en calcio al oeste, la lenta construcción de la dicha. Figura mirando hacia abajo: *Sobre el lago un muro blanco avanzaba, impulsando espuma frente a él. Las montañas se hundían en lo blanco, el viento empezó a cantar.* Vibración. *La lluvia es lluvia, y para mí y mis labios y mi cuerpo.* Aquellos que perdieron a alguien en las lomas. Aquellos que lo harán.

¿Existe un nosotros? Caminando con un perro inquieto, una figura avanza por bosques conocidos. Cuando era invierno una figura se deslizaba lentamente en esquís, seguida por un perro por sendas angostas. Un pálpito sigue a otro. Si el perro no se interpone, es orden. ¿Qué pasa si el perro se interpone? Dorado, el verano será la ocasión del perro, una ocasión en que no inhale lejía de los pisos en el albergue recordado, una ocasión en que el perro no sea abandonado por alguien sino abandonado a su propia suerte e indagaciones. Aquellas rutas restringidas en las que los círculos lógicos incesantemente regresan, un ente, presente dentro de su propia presencia. El borde definiendo un deseo interrumpe la moción de avance de otro.

Recuerda los datos —emborronados de los abenaki: la manera en que, cuando este dijo que son refugiados, el otro dice no, son franceses, bueno son tan solo habitantes del este no, están ciertamente más hacia el oeste no, están hacia el norte no, son desplazados al sur no, son de allí no de aquí no no nunca aquí porque no, así siempre habrían traspasado fronteras, lecho de roca, no pudo ser registrado, así. Sustituciones: complemento del colonizador: el salvaje perdido de la leyenda atorado en un plano alternativo en el tiempo o *una variedad de gente oscura e indistinguible.* Páginas oscuras enterradas bajo la mente. Verbos: des-identificar, des-reconocer,

de-negar, encogerse de hombros. Contra leyes aferrando la tierra, rediseñando la tierra, cambiando el perfil de las gentes: y aún así, hay Wobanakik. ¿Dónde? En los nombres del oeste, Sokokis, Pennacooks, Winnipesaukees, Pigwackets, Cowasucks. ¿Resurgieron las líneas temporales? Sus sesgos resplandecientes. A propósito de fronteras: una historia podría haberse formado aquí, un mestizaje, o líquido. Equinoccio vernal, equilibrio evanescente de líneas imaginarias. Y la tierra que nos sostiene a todos lentamente se ladea.

Motosierras operan al final de la primavera. Ese montón es más grade que este montón. Figura que apila un metódico montón, un metódico montón más tarde, viendo montones que vendrán, montones que deberían llegar y no lo harán. La luz de la tarde, refractando: el tiempo iguala horas de calor en el invierno, segmentos luego divididos en especies de madera, algunas tardan en quemarse, otras se queman rápido. Eres oro y plata, ¿a quién le queda algo de leña? Entretejerá un montón liviano de leña cuando el hemisferio se incline hacia el sol. Echa pequeñas ramas y corteza de abedul en un balde. Cuál es el valor futuro. O acaso la noche pudiera bastar. Noche, negadora de acopio, fuego, retractora de acopio. El vacío donde un montón no está.

Donde se sitúa el norte. El norte de Nueva Inglaterra se sitúa principalmente dentro de la zona fronteriza de 100 millas. ¿Resides en una zona de cien millas? Quizás, al igual que dos tercios de la nación. ¡Tú también! *Oh presencia múltiple* te dan la bienvenida a casa, *bienvenu aux* tu segmento del siglo veintiuno. Reside dentro de leyes esparcidas a lo largo de tus cien millas. Haz agujeros a través de sus capas, dirígete a las laderas. Sé testigo de la frenética creación de vulnerabilidades. Figuras fabrican amenazas vagas por encima de los paisajes fronterizos, figuras que anhelan la búsqueda mundial del *choque bipolar* afín a la Guerra Fría. Estas nubes acumulándose. Sus precisos resultados financiados. ¿Cuántos agentes recién contratados? Una irascible mirada en crescendo, convocando el grial de nubes-de-fantasía. Estamos contratando. *El centro funciona las 24 horas del día, los siete días de la semana, los 365 días del año.* Estamos contratando. Todos los puestos, resplandecen. Estamos contratando. Para aferrar a algunas personas. Gesto de manos. Manos oficiales apenas documentadas, rápidamente retiradas de la vista. Los puestos de control aparecen y desaparecen, están densamente nublados. El olor de los niños enjaulados viaja. Hojas siguen filtrando cielo e indignidades. En todas partes los agentes se multiplicaron a lo largo de nuestro tiempo. ¿Qué sueños sobreviven una infancia?

Los que están presentes que viven ocultos incluso para ellos mismos. La neblina se asienta levemente en los ojos, el polvo se eleva sobre el cadáver al costado de la carretera, una culebra rayada mugrienta. Curvas que jamás se encontrarán. La gente del mundo aboga por los castores: que reavivan el verde a desiertos desesperados, recentrando la carga de la mente.

La casa del castor está allí, pero no figura el castor. El dique del castor está allí, pero no figura el castor. Un hueco, donde ramas acogen aún hojas verdes, figura al castor. Crecen más hojas verdes. Si se multiplican, un castorestanque se transfiere en castorprado. Cuencas del norte evalúan sus futuros en tránsito: un año abandonada, algunos años aún vacantes, y otra vez vueltas a habitar por castorfiguras. El agua delimita un borde recién definido contra el aire vacío. Pero llegó la riada: desapareció el castor. El margen del estanque aguanta. ¿Hay chopos, álamos, robles o fresnos, árboles de tamaño-poste, un suministro de invierno? Castores de dos años en busca de nuevos estanques son atropellados por los caminos cada primavera. Dónde está el castor ahora, ¿a dónde fuimos?



Where one north lies. After the Great Depression, people left cities again in search of land, some went north. Figures who disappeared into the hills: transplants. Few places inside the hills look down upon lake, or look on anything other than a ridge, a short length of road, and the green. The richness of the earth, its minerals: some hardscrabble hills, some richer in calcium to the west, a slow fabrication of happiness. Figure looking down: *Over the lake a white wall was advancing, driving foam before it. The mountains sank down in the white, the wind began to sing. Vibration. The rain is rain, and for me and my lips and body.* Those who lost someone in the hills. Those who will.

Is there an us? Walking with an unnerved dog, one figure steps through familiar woods. Back in winter a figure glided slowly on skis, followed by a dog in narrow tracks. One heartbeat follows another. If the dog doesn't get in the way, this is order. What if the dog gets in the way? Gilded, summer will be the dog's time, a time of no longer inhaling bleach from floors inside the remembered shelter, a time when a dog is not abandoned by a person but abandoned to its own paths and investigations. Those curtailed routes whose logic circles incessantly back, a being, present inside its own presence. The edge defining one desire interrupts the forward motion of another.

Recall the data-blotching of the Abenaki: how, when this one said they are refugees, that one said no they are French, well they are only eastern no they are truly more western no they are due north no they are displaced south no there not here no no never here because no, then they would have always crossed borders, bedrock, it could not be recorded, so. Substitutions: settler's foil: legend's lost savage jammed into an alternate plane in time or a *variety of obscure and indistinguishable people*. Obscure pages buried beneath the mind. Verbs: to un-recognize, to dis-recognize, to dis-claim, to shrug. Against laws grasping at land, redrawing land, redrawing outlines of peoples: still, there is Wobanakik. Where? In westward names, Sokokis, Pennacooks, Winnipesaukees, Pigwackets, Cowasucks. Did time's lines surge into sight? Their resplendent streaks. To speak of borderlands: a story could have taken shape here, of co-mingling, or liquid. The vernal equinox, evanescent balance of imaginary lines. And the ground holding us all slowly tips.

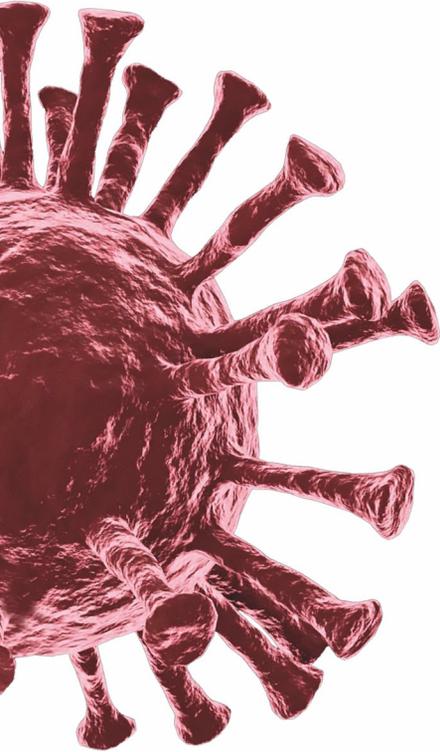
Where the north lies. Northern New England lies mostly within 100 miles of an external border. Do you reside in a hundred-mile zone. Maybe so, like two-thirds of the nation. You do! O *numerous presence* welcome home, bienvenu aux your portion of the twenty-first century. Reside within laws strewn across your hundred miles. Poke holes through their layers, head for the hills. Witness the frantic creation of vulnerabilities. Figures fabricate vague threats above borderscapes, figures aching for the Cold-War world quest for the best *bipolar clash*. These gathering clouds. Their concrete funded outcomes. How many newly hired agents? A ballooning glare out of sight yet nearby, the grail called forth from billows of fantasy. Now hiring. *The center operates 24 hours a day, seven days a week, 365 days a year.* All those jobs, they sparkle. Now hiring. To grasp at some people. Hands gesture. Under-documented official hands, rapidly withdrawn from sight. Checkpoints appear and disappear, they are concretely cloudy. The smell of caged children travels. Leaves here go on filtering sky and indignities. Everywhere the agents multiplied across our time. What dreams endure a childhood?

Those present who live secret unto even themselves. Haze sits lightly in the eyes, dust rises over the cadaver at the side of the road, a grimy garter snake. Curves that will never meet – People of the world advocate for beavers: who build desperate deserts back to green, recentering the weight of the mind.

The beaver house is there, but no figure for beaver. The beaver dam is there, but no figure for beaver. A gap, where branches still hold green leaves, figures beaver. More green leaves grow. If they multiply, a beaverpond shifts into beavermeadow. Northern watersheds measure their futures in transition: a year abandoned, some years still vacant, then reoccupied with beaverfigures. Water lines a newly defined edge against the empty air. But the flood came: beaver disappeared. The pond margin holds. Are there aspens, or cottonwoods, or oaks or ashes, any pole-sized ones, a winter food supply? Two-year-old beavers searching for new ponds get hit on roads every spring. Where is the beaver now, where did we go?

1. Máquina compuesta de
dos grandes ruedas
engranadas que

mediante cangilones
sube el agua de los
pozos y acequias.

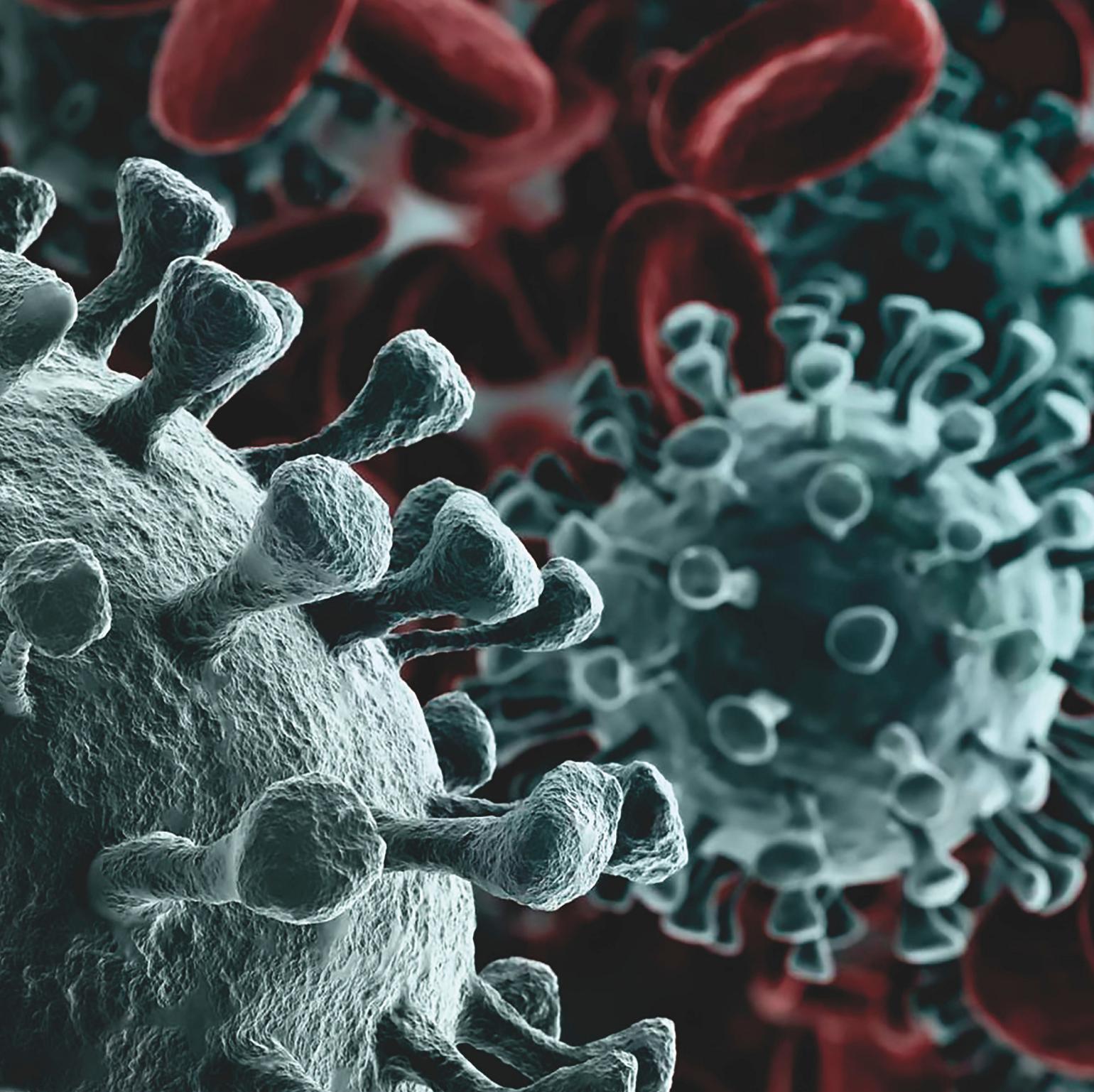


2. Pozo de forma
comúnmente
ovalada

del cual se saca
agua con la
máquina.

3. Artilugio de feria
consistente en una
gran rueda

con asientos que
se desplazan
verticalmente.



ISSN 2077-8422